

## Página gloriosa

Leo en *El Ejército Español* del 18 del actual una página que quiero que figure en la colección de El Motín; por lo sentida, por lo que recuerda y por lo que simboliza.

Obligados a tratar asuntos que indignan ó que avergüenzan, porque casi todo lo que hoy ocurre lleva tal sello, se ensancha el ánimo y se eleva el espíritu cuando se tropieza con algo grande, heroico, que nos aparta durante unos minutos de lo vulgar, lo asqueroso, lo prosaico...

Conozco bien á mis lectores para saber que les producirá ese relato igual emoción que á mí.

## HEROICAS REMEMBRANZAS

A todos los nacidos en Madrid.

En el triste adiós á nuestra dominación filipina hay un nombre que consuela dulcemente el alma Patria; ese nombre es el de una mujer, el de la viuda del heroico comandante Fortea.

En esa dama puso el Destino, para decoro de España, sus galas más espléndidas y sus virtudes más singulares; en el corazón de esa mujer quiso el Destino que resucitase energías de antaño, con sus luminosos arrebatos y con sus perfumadas abnegaciones; en la voluntad de esa española puso el Destino gallardías del ayer, para que la nota fuese menos cruenta y las amarguras patrias menos espinosas.

Doña Ascensión García San Martín es el símbolo más perfecto del heroísmo que subyuga y del cautiverio que emociona; en la lucha que sostiene, en la altivez que demuestra, en los dolores que esconde y en la serenidad que acredita, aquella mujer más bien parece trasunto glorioso de épocas cuajadas en leyendas portentosas y henchidas en magnificencias quijotescas.

Doña Ascensión García San Martín es la dedicación más completa del honor que arrebató y del sacrificio que estimula; en la defensa que mantiene, en el brío que denota, en los sufrimientos que ahoga y en el entusiasmo que comunica, aquella mujer más bien parece un jirón bendito de épocas salpicadas de proezas maravillosas y odorantes por sublimes rendimientos.

Doña Ascensión García San Martín es la representación más edificante de una España que no se abate en el infortunio ni se doblega al dolor; en aquella mujer, cada tortura á su alma, cada paso en su calvario, cada tormento aplicado á sus tiernos hijos, afianzan más y más su amor patrio, alientan más y más su esforzado corazón, fortalecen más y más su acorada energía.

Las últimas palabras de su esposo son mandatos de su Patria y dictados del honor: «no quitéis la bandera», dice agónica-mente el comandante Fortea á la compañera de su vida, á sus pobres pequeñuelos; y como si esta súplica fuese la súplica de su Patria moribunda, aquella mujer besa en el rostro de su marido la faz doliente y mortecina de la España magna de otros tiempos y otros hombres; y doblando la rodilla y recogiendo el postrer suspiro de un patriota esclarecido, aquella mujer lleva á su alma el hábito de la Patria en plegaria arrobadora y en riente donación.

En torno del cadáver de Fortea el heroísmo de D.<sup>a</sup> Ascensión adquiere fulgurantes destellos; con sus cinco hijos y dos sobrinas responde al fuego con el fuego, á los cañonazos con certeros disparos, á soeces insultos con silencio que estremece, á la brutalidad del número con la inocencia de unos pequeñuelos, á las ofertas de rendición con castellanías negativas, á rabiosas amenazas con hidalgo proceder; un cadáver en el suelo de la casa y la enseña patria flameando en lo alto del edificio animan á los estóicos defensores de Santo Domingo de Basco (Filipinas) para ser dignos del muerto y gratos á su Patria.

Tan sólo cuando las municiones cesan y los fusiles enmudecen, cuando la pólvora deja de incensar los pliegues de la bandera y cuando el ruido seco de las descargas desaparece tristemente, es cuando la viuda acepta un parlamento tan deseado por los atacantes; aquella mujer, más sugestiva que María Pita y más heroica que Agustina de Aragón, adelántase al umbral de su endeble fortaleza, y como aguerrido general capitula en honrosas condiciones; y cuando el caudillo indígena penetra ansioso en aquella estancia, un grito de admiración y una lágrima de piedad salen de su pecho y de sus ojos; todos los defensores de aquel fuerte, tan fleramente guardado, son una débil mujer, cinco niños y dos sobrinitas que, concluido el fuego, lloran abrazados al inanimado cuerpo de Fortea.

Prisionera aquella familia de los indígenas, su calvario es horroroso y sin cuento

sus amarguras; en Santo Domingo de Basco, las injurias son tan abundantes como escasa es la comida; en el fondo de un barco pirata, metidos en estrecho y sucio camarote, pasan seis días recibiendo una poca morisqueta por todo alimento; en Aparry luego, mendigan el pan soportando amenazas é infames dietarios con santa resignación; comen algarrobas silvestres cuando el hambre les aprieta, duermen bajo una choza de nipa abierta á toda intemperie y á las molestias de sus verdugos; callan como creyentes y confían como cristianos; ni una queja sale de aquellos labios ni la fe se extingue en aquellos corazones; sufren en holocausto de la Patria, lejos de ella, muy lejos de toda esperanza de socorro, é infinitamente lejos de toda humana conmiseración.

Esa misma Patria, en cuyo regazo besan á diario con la frente coronada de espinas, infundeles valor para completar la proeza de Fortea, llévalos en susurros de amor alientos para que la posteridad vea en el ocase de nuestra dominación filipina la odisea de unos seres afanosos por el brillo de la Patria.

Cuando obtenida la libertad regresa doña Ascensión con los suyos á Manila, advierte que todavía el Destino quiere probar hasta último extremo sus corazones ya enfermos de tanto sufrir; acógelos la miseria en aquella rica ciudad, abrázalos la pobreza en su travesía á la Península y en la madre Patria la indiferencia los envuelve por doquier.

Hoy hace un año que bajó el sepulcro, víctima de una enfermedad al corazón, la heroica viuda del laureado Fortea; bajó al sepulcro legando á sus hijos un nombre glorioso y á su Patria un poema de épica belleza. Llevemos en este día todos los españoles piadosos plegaria al alma en recuerdo de la noble esposa de Fortea que allá en Filipinas escribió hermosa página para los patrios anales.

El heroísmo de doña Ascensión García San Martín no puede ni debe quedar en el olvido; el orgullo de los madrileños debe perpetuar en magnífico panteón los restos de una española que fué émula aventajada de otras mujeres con cuyas proezas se orla la historia nacional; el orgullo en sus coterráneos debe ser tan grande como excelsa fué la abnegación de aquella brava castellana; el orgullo en los que nacieron do nació la invicta esposa de Fortea debe ser la tributación gozosa á la memoria de una mujer y de una madre queapuró de modo soberano el cáliz de todos los acibares.

Hacedlo así, madrileños; la posteridad os lo agradecerá y la Patria añadirá una joya más á su envidiable corona.

A. GARCÍA PÉREZ

## DENUNCIAS

*El País* ha sufrido varias estos días, por haberse empeñado en ilustrar á los españoles con *Divulgaciones históricas*. El trabajo le resultó superior en todos sentidos.

La verdad es que *El País* merecía, por lo mucho que ha hecho y hace en pro de la libertad, que lo leyese todos los republicanos.

Sin él, muchas de las cosas que deben decirse, no se hubieran dicho.

Pueden estar orgullosos, Catena, de haberlo fundado y sostenido contra viento y marea, sin reparar en gastos ni contratiempos; y los que lo han redactado y lo redactan (pocos periodistas de los buenos han dejado de llenar sus columnas), de haber luchado siempre en la vanguardia con decisión y valentía, ganando grandes victorias.

Con una representación parlamentaria que hubiera secundado á ese periódico, la República estaría hace tiempo establecida en España.

Esto puede asegurarse en honor suyo.

## Los mismos perros...

Disfrazado con nuevo ropaje, el mal llamado proyecto de comunicaciones marítimas vuelve á presentarse con el mismo y único fin de antes: regalar á la Compañía Trasatlántica 200 millones de pesetas por servicios que otras compañías nacionales y extranjeras prestan en la actualidad *gratis* y *mejor* que ella.

Todo lo demás que contiene el tal proyecto de ley no es más que broza. Se dejan caer unas migajas para otras compañías navieras, á fin de que se callen, y sobre todo para cohonestar á los ojos de algunos cándidos el desahogo del plan; pero la médula, la esencia no es fomentar la navegación ni

el comercio españoles; es sencillamente regalar 200 millones á la Trasatlántica.

Y conste de una vez que si tal enormidad pasa no será la culpa de Maura y consocios, que bien claro y sin ambages demuestran adónde van. La culpa será de eso que se llaman oposiciones, que, teniendo en sus manos medios sobrados para imponerse, han dejado pasar *pequeñeces* como la ley de azúcares, lo de la escuadra y ahora lo de la Trasatlántica.

¡Y viva la moralidad!

Nosotros somos nosotros.

Tiene la palabra el Sr. Azcárate para definir el sentido moral.

## EL HOMBRE INDIGNO DE LA MUERTE

(Dedicado á la nobleza de los jóvenes turcos, émulos de 1789 y discípulos de Augusto Comte, que han escrito la página más pura de la historia de las revoluciones, y también á la bestial alegría de los realistas franceses que recientemente celebraban alegres la noticia de que Abdul-Hamid había derrocado la Constitución y desencadenado un asesinato feroz y supremo.)

LA VENGANZA.—Justicia, llegó á la montaña azul en que tienes el trono de purísimo hielo... ¡Te traigo la gratísima noticia, inverosímil de puro alegre...! ¡El cobarde que desde el fondo de su palacio ordenó más hecatombes que Tamerlán; el infame verdugo que temblaba de miedo sobre el cadáver de su pueblo; la bestia inmunda cayó al fin...! Justicia, ¿oyes mi grito? Sí, veo llamear en tus ojos un relámpago; veo que la alegría empurpura tu trono de hielo... Manda. ¿Qué muerte merece?

LA JUSTICIA.—Busca tú misma el peor castigo.

LA VENGANZA.—¡Todas las torturas en una sola tortura; todas las agonías de sus cien mil víctimas en una sola agonía! ¡Espasmos de dolor que le enloquezcán, dejándole con vida y conocimiento para que los saboree cien veces, mil veces!

LA JUSTICIA.—Se asemejará á sus víctimas y tú serás un atormentador.

LA VENGANZA.—¡Es verdad! ¡El odio me ofusca...! ¡Su siniestra locura pesa en mí! Que un pelotón de soldados y doce balas acaben con él en la puerta de su hareén.

LA JUSTICIA.—¿La muerte de los bravos traicionados por el destino? Ni él tiene derecho á ella ni tú á imponérsela.

LA VENGANZA.—¡La horca; que la cuerda infame estrangule á este Iscariote de las naciones!

LA JUSTICIA.—La santificaron los mártires rusos.

LA VENGANZA.—¡Justicia! ¡Justicia! ¿Qué suplicio le destinas...? ¡Tengo ansia... tengo sed... mi lengua arde en mi garganta enronquecida...! ¿El agua?

LA JUSTICIA.—Es pura. Su cuerpo emponzoñaría el mar. Ni aun los tiburones le querían.

LA VENGANZA.—¿El fuego?

LA JUSTICIA.—Juana de Arco.

LA VENGANZA.—¿La crucifixión?

LA JUSTICIA.—Jesús de Nazaret.

LA VENGANZA.—¿Acaso quieres perdonar al «gran asesino»? ¡Arrancará esa bestia de mis dientes...! ¡No, no quiero, no puedo cedértela...! Pero sí, tienes razón; el suplicio ennoblece, la muerte apiada... ¡Que trabaje en tan dura labor, que sus huesos se rompan y sus venas estallen!

LA JUSTICIA.—No tiene derecho al augusto sudor de Hércules.

LA VENGANZA.—Entonces para él la más vil de las tareas. ¡Que sus manos, que él mismo saturó de sangre, remuevan sin cesar los excrementos!

LA JUSTICIA.—El más vil, el más hediondo escupitajo de Estambul es cándido como una flor al lado de ese hombre. No manilles la inmundicia.

LA VENGANZA.—¡Espera! ¡Ya sé! ¡Sí, adivino el suplicio...! ¡Que rescate con sus manos los crímenes que hizo! ¡Que descuelgue de los postes á todos los armenios que mandó colgar, que desentierre con sus uñas á todos los salóncos que ordenó matar; que los dé vida.

LA JUSTICIA.—No; que no profane ese chacal á los heridos; que sus uñas no contaminen con su infamia á los restos sagrados.

LA VENGANZA.—¿Y se salvará de todo castigo?

LA JUSTICIA.—Olvidas el único digno de él, igual á su cobardía y á su miedo: que viva en perpetuo temblor, en no interrumpido espanto; que viva despreciado y tremulo, llevando como marca de su ignominia el beso de un emperador en las mejillas...

PABLO-JACINTO LOYSON

Todos los países civilizados han felicitado al gobierno turco por haber ahogado la contrarrevolución. ¡Lo ha hecho España, país

constitucional, y por lo mismo más obligado que otros á cumplir con ese deber de cortesía internacional? Creo que no.

Supongo que algún diputado hará en las Cortes esta pregunta, en busca de una negativa que no favoreciera al gobierno.

Si me equivocase y hubiera sido hecha la felicitación, me alegraré por el buen nombre de España

## Tierras de la emperatriz

El dolor es augusto y generoso; tanto, que ennoblece á sus ungidos.

Y si el dolor llega en los torbellinos del trágico huracán de la Historia, borra las faltas y hasta los crímenes de los altos.

El Napoleón del 18 brumario hace rechinar de ira nuestros dientes; el Napoleón de Santa Elena casi nos hace descubrir nuestras cabezas...

Hace unos años, el hambre, siempre endémica, asolaba con espantosa violencia las luminosas tierras andaluzas, que yo corría en llamada observación.

En Ronda subí en uno de aquellos vagones ingleses de tercera, fuertes, cómodos, amplios, y en no sé qué estación anterior á Campillos subió al coche una familia escuálida, harapienta y ennegrecida.

Un hombre como de cuarenta años—¡quizá no tuviera ni veinticinco!—una mujer de seguro muy joven, pero en apariencia de crépita como todas las campesinas andaluzas, tres chicuelos y un mamón.

El hombre, grave y digno, saludó con un «¡la paz de Dios!» y acomodó como pudo infinitos bultos envueltos en trapajos; los demás lloraban sin consuelo.

Se puso el tren en marcha y todos se lanzaron á las ventanillas y en ellas estuvieron hasta que lo abrupto del terreno borró la visión de aquel paisaje desolado, cambiándole por otro de igual grandeza y también de igual desolación.

Sin hablar palabra y sin que se secara el llanto de la mujer, aunque sí el de los pequeñitos, llegamos á Bobadilla.

—Señor—me dijo el hombre.—¿Va usted á Málaga?

—A Málaga voy.

—¿Quiere decirnos qué tren es el que va allí?

—Vengan conmigo.

Cogieron los lios de trapos, cruzamos la galería subterránea y nos acomodamos en un vagón.

—¿También ustedes van á Málaga?

—A Málaga y mañana al Brasil.

—¿En busca de trabajo?

—En busca de una tierra y de unas gentes que sean menos perras que las de aquí. En lo que va de año ya marcharon muchas familias, y si no salieron más fué por falta de dinero; estas tierras son lo peor del mundo...

—Mire usted que vengo de Osuna, de Morón, de Lebrija, de Jerez, de Arcos, de Villamartín de la Sierra, de Cádiz, y aquello está malo.

—Sí; pero ó por miedo ó por caridad los ricos sostienen y socorren á los pobres; en las tierras de Teba y Ardales, no. La dueña de esas tierras no se acuerda de ellas más que para cobrar la renta á los colonos y para que nosotros rentemos trabajando. El Ayuntamiento ha pedido auxilio á la casa para sostenernos y el administrador dice que «no tiene orden.»

—La dueña de las tierras está lejos, en Inglaterra, y si no me equivoco, fué emperatriz de los franceses; ¿qué sabe ella de estas miserias y hambres?

—Pues debía saberlo. Además el secretario del Ayuntamiento dice que escribieron y que no hubo contestación...

Llegamos á Málaga, y á la tarde siguiente ví á la triste familia subir en un trasatlántico entre un rebaño de harapientos.

El dolor ennoblece y eleva á sus ungidos. Sin haber soplado el trágico huracán de la Historia en la frente de mis miseros compañeros de viaje, me parecieron más dignos de mi salutación que aquellos que un día llenaron el mundo con el estruendo de su fausto y otro con el eco de sus desgracias...

J. J. MORATO



## Clero anticlerical disperso

Quómodo ceciderunt fortes in bello? (Lib. de los Reyes C. I.)

Desde que empecé mi campaña de franca rebeldía en *El Progreso*, de Lerroux, pocos días después de dejar mi voluntaria reclusión en la Trapa, hasta el presente, seis presbíteros han figurado con diversa fortuna en el terreno de la lucha contra la Iglesia: don Segismundo Pey Ordeix, *Cantaclaro*, Sarmiento, *Fray Gerundio*, D. Francisco Martín Lázaro y D. Segismundo Prat: algo escribieron, solamente contra la disciplina eclesiástica, un sacerdote, ya difunto, de Burgos, D. Juan Villada (1888 á 96), hermano, por cierto, de otro sacerdote jesuita que aún vive. Se ocupaba del celibato del clero, y lo combatía á cara y nombre descubiertos; fué muy perseguido el pobre.

Pey tuvo en sus periódicos de Barcelona, *El Urbión*, semanal, y *El Cosmopolita*, diario, buenos auxiliares presbíteros, alguno de Madrid, que no dieron su nombre, ni yo los publicaré jamás; personas dignísimas que aún existen y guardan como pueden sus ideas. Un poco le ayudó también Ardieta, en edad decrepita, siempre un sabio y un desdichado.

Mis auxiliares en Madrid fueron D. Cándido Sánchez Hidalgo, amigo de Salmerón, capellán castrense y acérrimo liberal antipapista; D. Manuel Fernández y González, también castrense, casi un maestro mío, no sólo en la ciencia de los libros, sino en la del mundo; D. Salvador Castilla, teólogo eminente, dos veces doctor, catedrático del claustro de Granada y párroco de Jerez; no escribía, aconsejaba, daba orientaciones, textos, apuntes que conservo, y asuntos é ideas de que tratar; D. Francisco Bustindui, capellán de honor, párroco de Palacio; Don Galo Cristóbal, licenciado en teología, perito en eclesiásticas disciplinas, había ejercitado en dieciocho oposiciones mayores, siempre con aprobación y una vez elegido para cierto beneficio en la Granja. Los cinco han muerto. Me quedan otros tantos en Madrid y cuatro en provincias; no puedo ser más explícito en este particular.

Auxiliares frailes no he tenido más que uno. Pey los encontró franciscanos y... ¡jesuitas!, y no le faltaron jasmónes el lector!, ¡religiosas! No ha sido tanta mi suerte; verdad que él pudo y supo arreglarse de modo que estuvieran secretamente á su lado, que yo sepa, dos arzobispos: Cascajares, de Valladolid; Alda, de Zaragoza; sospecho que algún mitrado más debió ayudarlo. ¿Qué creían ustedes? Es mucho lo que abusa el Vaticano, lo mismo del clero bajo que del medio y del alto.

Digamos ahora cómo fueron muchos de esos presbíteros desapareciendo y consignemos la causa. No es otra que la apatía cobarde de los liberales, de los demócratas y de los republicanos. Todos incurren en un error capital que les hace mirar mal y aun con espanto á un cura que no sea carlista y fanático, al menos en apariencia.

Ninguno ó muy pocos se han dado cuenta del gran problema religioso en España, de la necesidad imperiosa de emancipar, sea como fuere, su Iglesia de la de Roma, empresa más hacedera que el imposible de descatolizar la nación ni en dos siglos. Poquísimos conocen el movimiento religioso extranjero antirromano, ni lo que es, vale y puede ó no puede ni vale el papado; ni tienen idea siquiera del modernismo cristiano, transcendental movimiento que hoy preocupa en todo el mundo y entraña gran fecundidad para el porvenir. Ninguno se ha enterado de lo que podría hacer un núcleo de sacerdotes ilustrados, patriotas y liberales, unidos, constantes, avezados á luchar; por último, nadie tiene el valor suficiente para protegerlos.

Todo, pues, lo hemos hecho solos con nuestras propias fuerzas, aislados, dispersos, faltos de una dirección fija, y tan pobres, que nuestra situación se ha parecido y se parece aún mucho á la miseria.

El hombre no puede ser un héroe constantemente, necesita vivir; el hambre es mala consejera; no lo es mejor la previsión de una vejez indigente; al cura se le cierran todas las puertas en cuanto se divorcia de la tiranía clerical. Cuantos presbíteros se han colocado en esa actitud, llevan dentro un gran acopio de amarguras y desengaños, de esos que trituran al más fuerte, y... es claro, todo tiene sus límites, hasta el heroísmo.

Así el infeliz Gabarró, extrema izquierda de la clase, que creó un periódico, una biblioteca, escuelas y otros elementos en Barcelona, un valiente, al fin cayó rendido, 1897, y hoy vive obscuro y amargado, dirigiendo una escuela. Ardieta, ya caduco, y en miseria extrema, se reconcilió por hambre con la Iglesia, 1905; ahora creo que, habiéndole faltado ella, vuelven á reñir y él á la indigencia; es ya un residuo, un cadáver.

A Pey, hombre de gran talento y cultura, pluma bien cortada, ingenio vivo y fecundo, le perdió la falta de administración, algo el exceso de altruismo y cierto desorden en el vivir, más un defecto imperdonable en luchadores: la temeridad de acercarse al enemigo, y lo que es peor aún: la de pretender ejercitar con él la maña católica de sacarle con arte datos, documentos y recursos. Es lo que llaman los curas papistas *salutem ex inimicis nostris*, peligrosísima táctica ésta, cien veces se lo dije, que le proporcionó la tremenda caída en una celada dispuesta por

Memento! siervo vil de Morgades. Reconocamos que el enemigo está en su derecho de oponer astucia contra astucia, caballeros.

En aquella *débacle* espantosa, todo se perdió, hasta el honor. Se deshizo una organización de primer orden, que prometía mucho y lo hubiera dado; era la derecha del movimiento antirromano. Todo pereció; periódicos, sociedad secreta, biblioteca, prestigio del jefe, confianza de los adictos, y, lo más triste: la seriedad; porque la añagaza de Memento, produjo un ridículo deprimente y definitivo.

Pey enfermó, dió muchos tumbos, y al fin postrado en cama, casi expirando, firmó la retractación más denigrante que se ha hecho en el mundo; no exagero. Ya restablecido, lo que era lógico: la Iglesia lo abandonó al verlo hecho un guiñapo; él, hasta renunció á su nombre, se secularizó exageradamente, quiso casarse y por fin emigró á Francia; hombre perdido. ¡Menudo triunfo el que le dió al jesuitismo!

Sarmiento ¡infeliz! nunca creí en la consistencia de su personalidad; no tiene ideas, sólo conoce las necesidades. Se refugió á mi lado, en la izquierda, para no morir, así como se dice, de hambre; pero sentía nostalgia de las ollas del Egipto clerical, para él un día muy sabrosas. Nuestra austeridad le horripilaba, y nuestras costumbres no podían hermanarse con las suyas. Se entendió con el enemigo por miedo que éste lograra inspirarle; lo supimos, prescindimos de él, la Iglesia lo recogió, no sin prohibirle hasta el uso de su apellido ¡y es prohibir! Después, de nuevo lo irradió y ahora vive como puede, no sé de qué. ¡Lástima de talento, pues lo tiene, y de pluma tan bonita, inútil sin embargo para lo que sea labor seria y persistente!

Martín Lázaro era un pobreto, laborioso, atrevido, constante, pocas letras, pero mucha voluntad. Por desgracia estaba medio ciego. Los liberales andaluces, que tanto lo jaleaban mientras luchó á cuerpo descubierto... lo de siempre, lo abandonaron; padeció hambre y miseria horrible. Final: entregarse. Lo enviaron á América, donde creo que continúa. No le exigieron, que se sepa, una retractación ni aun como la que le aceptaron á Sarmiento, que era lo menos deshonroso que cabe en estos casos. Sólo Pey quedó majado por la suya como ajo en mortero. Prat, separado *ab irato* del clero, tras larga persecución vive con los radicales de Lerroux en Barcelona; algo escribe.

Se habrá comprendido que, excepto Sarmiento, ente singularísimo, ninguno habría corrido la suerte negra que va indicada, si los elementos liberales hubieran cumplido con su deber; si no padecieran la manía del suicidio.

Hemos quedado tres en pie; *Fray Gerundio*, *Cantaclaro* y yo, arrojando ese abandono, y gracias, todo se ha de decir, á tres empresas periodísticas republicanas: las de *El Diluvio*, de Barcelona, *El Pueblo de Valencia*, *El País*, de Madrid, cerca de las cuales el clericalismo ha hecho inútilmente los imposibles; ruegos, promesas, amenazas, intrigas para que nos arrojén; y aún no cede en su empeño tozudo.

Los tres aportamos á EL MOTIN algo de nuestra labor y sostenemos en firme la campaña contra Roma. Vivimos como Dios quiere, atendidos á los pobres sueldos que pueden darnos; carecemos de todo; nuestro porvenir está descontentado, el hospital... si nos admiten; que lo dudo. Pero aunque no unos niños (*Fray Gerundio* todavía es joven) salud, paciencia terca, sobriedad, orden y coraje no nos faltan. Sea lo que Dios quiera.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## DISTINGOS

La vieja y noble figura del alcalde de Zalamea se remozó hoy en ese padre que, en los contornos de Málaga, desdeña la justicia escrita y toma severa venganza en el hombre que deshonró á su hija. Es este un crimen—de algún modo hay que llamarlo—que se perdona. El mismo Código, tan poco benigno de ordinario, se muestra piadoso con él, y acepta los sentimientos y las ideas que se ocultan tras sus apariencias de delito. Todos derramamos un poco de compasión sobre el hecho y justificamos con razones de honrada sentimentalidad las causas de la cruel venganza. Todos, aun los de más escasa mentalidad, nos representamos, como en una hermosa y vieja leyenda de honor, el proceso de la aventura, con sus mil sentimientos, sus mil ideas de castigo, al través de los cuales descuella la personalidad de ese padre, no deshonrado por el crimen y embellecido por la aureola del hombre desgraciado. Todos, aun aquellos que más exigen, disculpan el crimen. Es un caso de delincuencia honrada, que perdura y perdurará en tanto que el honor continúe siendo un dogma, común á todos. El alcalde de Zalamea no se concibe vestido de presidiario ni remando en las galeras del rey.

Esta diferencia que establecen los sentimientos entre delito y delito, tal vez menoscabe algo la fama de los sesudos codicistas, que coleccionaron todos los delitos y asignaron á cada uno de ellos una pena razonable. El Código desaparece donde quiera que

se registre un hecho poetizado por los sentimientos. La idea de la justicia, que no puede ni debe admitir la muerte, depone su aduza allí donde el corazón triunfa sobre todo y fuerza al crimen. El novio que mata á la novia, el marido que asesina á la mujer, el padre que con la muerte toma venganza del seductor de su hija, todos los crímenes del sentimiento se dispensan, no son tales, casi se escapan á la jurisdicción del Código. En cambio, aquellos delitos que son puramente de cabeza, de cálculo, matemáticos, son los que se castigan. Egoísmo puro. Pena al que delinque sin ninguna razón interesante, sin un motivo serio y formal, sin una causa que justifique la necesidad imperiosa de matar ó asesinar. Benevolencia, poesía para el que mata y asesina invocando la razón de un afecto. Castigo para lo que no nos importa, y benignidad y perdón para lo que nos atañe. Tal es la amable equidad de la justicia.

Tal vez valga más que sea así. Quizás toda la sabiduría de los hombres sesudos que escribieron el Código y subdividieron la justicia en fórmulas matemáticas consista en esa amable desigualdad que existe para juzgar al que asesina por deporte ó por puro negocio mercantil, ó al que mató por razones de sentimientos. Para juzgar á éstos el Código no existe. Ante las razones del alma, todo su formulario desaparece. Y así, la justicia, que parece inmutable, severa, honda, poseedora, mantenedora y sustentadora de la equidad, sólo sirve y está bien cuando tiene que juzgar y fallar los delitos que no se embellecen con sentimientos, que no se basan en ninguna razón de afecto, que no pueden razonarse con ideas de poder superior á todo prejuicio. Mas cuando interviene para averiguar la culpabilidad é imponer la pena al que delinquirá por sentimientos, la justicia se trueca en vulgo, hace una linda leyenda de un hermoso asesinato. A la postre, la sustancia del Código es que se puede asesinar con razón, y que sin ella todos los delitos son peñales.

GUSTAVO

## De la cárcel de Valencia

Señor director de EL MOTIN.

Muy señor nuestro y de nuestra consideración: Los que tienen el honor de dirigirse á usted, y que abajo firmamos, le rogamos inserte en las columnas de su periódico la presente carta.

En la cárcel de Valencia nos encontramos unos 50 individuos, detenidos gubernativos, que en su mayoría llevan «cinco y seis quince» repetidas. Nosotros no protestamos de que se nos imponga una quinceña por blasfemos ó por faltas á la moral en la vía pública (motivo falso, pero ello es por lo que se nos detiene); pero de lo que sí protestamos, y muy enérgicamente, es de que se nos repitan cinco y seis quinceñas sin haber cometido el más pequeño delito, y que siga prolongándose nuestra desgraciada situación.

Para efectuar la repetición de las quinceñas, viene la policía á la cárcel el día antes de cumplir la quinceña, se nos amarra fuertemente, y se da el espectáculo vergonzoso de pasar las calles de Valencia una cuerda de diez, doce ó más desgraciados que no hemos hecho nada, compadeciéndonos el público que encontramos á nuestro paso, porque sabe que es un crimen el que se comete con nosotros.

Y para terminar, señor director, le diremos que hay individuos que se llevan cuarenta y ocho horas sin comer y que tienen que dormir en el sucio y húmedo suelo del calabozo del Gobierno civil, después de haber sido maltratados brutalmente de palabra y obra.

No dudamos se interesará por nuestra desgraciada situación, por lo que le anticipamos las gracias.

(Aquí las firmas).

Esa brutalidad de los polizontes, consentida y apoyada por el gobernador, es un borrón echado sobre Valencia en los momentos en que da muestras de su gran cultura con la Exposición que ha inaugurado.

Y aun cuando el jefe de la policía, un tal Pineda, haya dicho que le tiene sin cuidado lo que la prensa y los diputados digan sobre esto, es preciso que los diputados y la prensa protesten contra esa iniquidad de las quinceñas.

Nación que consiente estas transgresiones de ley, no es civilizada, aunque lo parezca.

## LO DIARIO

Junto á las tapias del cementerio de Santa María atentó hace pocas mañanas contra su vida el jornalero, de cuarenta y nueve años; Juan Briz Lozano.

Auxiliado por varias personas, ingresó en la Casa de Socorro sucursal de la Inclusa. Los facultativos le apreciaron dos heridas de

arma de fuego en la región temporal derecha.

Su estado era gravísimo, no habiéndose podido extraer los proyectiles. Curado de primera intención, condujose al Hospital General.

El juzgado de guardia se constituyó allí por la tarde, y Juan Briz, reaccionado, contó al juez que desde hace tres meses carecía de trabajo, y que su familia, compuesta de mujer y nueve hijos, sufría horrible miseria. Por esta desdicha y por haber caído enferma de tífus una de sus hijas, decidió quitarse la vida.

Los médicos tienen pocas esperanzas de salvarle, más si esto se logra, el infeliz perderá seguramente la vista y la razón.

Beatería estúpida que enriqueces á los frailes, ahí tienes tu obra. Los honrados suicidándose por no ver morir de hambre á sus hijos.

Va dando vergüenza vivir en esta nación de malvados inconscientes y de conscientes hipócritas.

## Barcelona clerical

Escribo estas líneas cuando todas las campanas de la ciudad condal aturden los oídos y los balcones están engalanados con colgaduras y tapices. ¿Qué sucede? Pues que en Roma canonizan hoy al antiguo beneficiado de Santa María del Pino, José Oriol, que gozaba el envidiable privilegio de convertir en escudos las rodajas de rábano.

Digan lo que quieran los termómetros radicales, Barcelona es una de las ciudades españolas donde existe más clericalismo: puede llamar de tú á la jesuita Bilbao. Hay que reconocer que los elementos avanzados laboran con fe y entusiasmo; pero tienen que luchar con infinitas rémoras y cortapisas. Tienen enfrente al comercio, la clase adinerada, las inmensas legiones de barceloneses esclavos del fraile, del cura, y del jesuita que en Barcelona tiene en el puño á la aristocracia del dinero, de ese dinero que se acumuló en el telar ó detrás del mostrador y que hoy santifica y eleva su rango, ennobleciéndole, la bendición papal ó el título pontificio.

El rico se ha propuesto por modelo al marqués de Comillas, y el banquero, el fabricante, el acaparador de empresas fabriles se consideraría rebajado sino siguiera fielmente las huellas del gran *naviero*. Puede decirse que aunque la coyunda comillasca haya sido estéril, ha dejado, no obstante, numerosa descendencia, y que en Barcelona existen tantos Comillas como son los hombres que poseen capital superior á veinte mil duros.

Siendo el modelo del jaez que todos sabemos, fácil es conjeturar cómo serán las copias y su labor predilecta. Así como Comillas quiere y ordena que todo en sus empresas y negocios lleve impreso el sello vaticanista y ultramontano, exigiendo á todos sus empleados la más estricta religiosidad *aparente*, así los pequeños Comillas *pour rire* exigen á todos sus empleados, dependientes, obreros, criados y oficiales no desentonar un ápice en el concierto clerical. Todo el que depende de un sueldo, destino ó ocupación ha de ser forzosamente devoto y católico, de lo contrario el pan se le declara en huelga.

¿Pruebas de esto? Las hay en todas partes y en todas las cosas. Desde el acto más solemne y transcendental hasta la pequeñez y el detalle más nimios de la vida diaria, todo son estrofas de un canto en loa del clericalismo, y el motivo perenne que en esta sinfonía de la vida diaria se oye á todo momento.

Las casas se edifican con hornacinas donde campea la imagen de un santo, como en plena Edad Media; los médicos, abogados, militares, cocheros, jardineros, carpinteros, albaniles, etc., están agrupados en sociedades bajo la advocación de un cortesano celestial. Las sociedades de Montepíos y Socorros mutuos no salen á luz sino bajo la égida protectora de un canonizado; para llevar una maleta desde el puerto á un vapor hay que encomendarse antes á la Virgen del Carmen, pues las agencias de transportes no mueven un pie sin previo permiso de la emperatriz de los cielos.

Las casas de banca son católicas á macha martillo; en los comercios está la imagen del corazón de Jesús; en todas las cocheras tiene un altar San Antonio, y en las puertas de los pisos no falta la correspondiente placa piadosa.

El clericalismo se ha apoderado de innumerables centros obreros: la juventud está asediada por todas partes por las sotanas que les proporcionan círculos, teatros, juegos de pelota y billar, cafés, cervezas, excursiones deportivas, etc., etc.; hay jóvenes católicos, carlistas, de San Luis, de la liga del Bon Mol, de la Defensa Social, de la Protección á la infancia, de la Gota de leche, de la Adoración nocturna, etc.

Si los jóvenes están absorbidos por estos menesteres, calculen ustedes como estarán los viejos.

Las mujeres están sitiadas por el hábito fruiluno sin tener momento de reposo; se la ahuyenta del hogar y se la roba todo el tiempo entre Juntas, Cofradías, Visitas á María, Apostolado de la Oración, y Catequesis.



De monjas y frailes esto es una inundación; desde la cumbre del Tibidabo, derramándose por Sarriá, San Gervasio, Gracia y el Ensanche descendiendo una avalancha de conventos suntuosos, espléndidos, moles gigantes que ahogan y empujaban a todos los demás edificios urbanos. Los hay de todas castas y categorías y para todos los gustos; en ellos se acaparan, para explotarlos, ancianos, huérfanos, paralíticos, sirvientas, señoritas, viudas, niños ricos, muchachos del pueblo, obreros, comerciantes, golfos, incorregibles, pecadores, é hijos de heterodoxos. Pasan de trescientos los conventos de la inmensa urbe condal, y cada día surgen nuevos edificios monásticos en los sitios más alegres, sanos y elegantes, mientras que viejas parroquias se desmoronan y muchos clérigos pordiosean por las calles.

Aquí, donde las artes gráficas campean en todo su esplendor, no existe una casa editorial con alientos y bríos para publicar obras, como la casa Sempere, de Valencia, por ejemplo. De Barcelona no sale un libro anticlerical ni por milagro; cuando yo publiqué mis *Memorias de un fraile* y *Lo que se comen los curas*, los libreros y dueños de kioscos se asustaron y no se atrevían a vender los libros, y los que lo hicieron lo verificaban á escondidas y llenos de miedo. Cuando los vendedores voceaban en la Rambla mi folleto, las gentes se paraban atónitas escuchando el pregón: jamás habían presenciado *tamaño osadía*.

El editor López gozaba aquí fama de avanzado y cleróforo, y lo fué en algún tiempo; hoy ha variado de pensar; aquellas famosas caricaturas clericales han desaparecido y *La Esquella* y *La Campana* ni en sus columnas, ni en sus almanaque se atreven con las sotanas. ¡Guarda, que es podenco! Ahora publica *El año en la mano* con descripciones de hábitos monásticos, donde se enaltecen las ermitas de Córdoba y se afirma que la religión católica es la que tiene más prosélitos en el globo.

¿Y los periódicos? ¡Ah, los periódicos! Fuera de *El Diluvio* y *El Progreso*, los demás apenas se llaman Pedros en punto á liberalismo.

Ya tocaremos esta tecla.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Mayo 1909.

## Conflicto resuelto

Me dicen que los vendedores de San Isidro, furiosos por la tormenta que anegó sus baratijas y les estropeó el negocio el día del santo, intentaron apedrear la ermita, impidiéndoselo la policía.

Como el pensamiento es libre, y no hay quien lo distinga bajo el cráneo, muchos vendedores y no pocos romeros blasfemaron «in mente», sin poderlo remediar, delante de la policía. Pero, salvadas las apariencias, esto importa poco á la religión y sus principios.

Lo verdaderamente interesante es que los santos no saben ya cómo complacer á sus devotos. Hace varios años, porque no llovió en una larga temporada, removieron los huesos de San Isidro y los sacaron de la caja donde estaban en paz, para que lloviera; y ahora, porque llueve, han querido apedrear la ermita.

Yo, en su caso, no sabría cómo componérmelas para dar gusto á los empecatados mortales. Verdad es que no soy santo, ni quiero. Con que crezca la cebada como una bendición, para hartar de ella á los animales de los católicos, ya estoy satisfecho.

Y ellos también.

## AJILIMOJILI

Ya hacía mucho tiempo que no me ocupaba yo de cierta ilustrísima, excelentísima y sapientísima persona, cuyos actos públicos hacen recordar la *serie de lamentables equivocaciones* en que, según confesión propia, incurrió cierta personalidad augusta.

Ya empezaba á olvidarme de la tremenda plancha que se tiró, como vulgarmente se dice, cuando admitió y sostuvo, contra viento y marea, en la dirección del Seminario conciliar de Corbán, á un titulado conde extranjero cuyas hazañas *sicalíticas* le colocaron á la altura del marqués de Sade.

Si, ya empezaba á olvidarme de eso que seguramente no habrán olvidado algunos señores (seminaristas en aquel tiempo, y presbíteros en la actualidad), porque hay cosas que no se olvidan fácilmente: ¡tan imborrable y honda es la huella que dejan en la memoria y en otros sitios!

Ya empezaba á desvanecerse en mis cellillas cerebrales la impresión de aquella otra plancha *d plomática* en que incurrió, como un quinto inexperto, al rehúsar su cooperación en cierta solemnidad palatina, por alarde vano de intransigente puritanismo; plancha que cerró el camino á sus naturales ambiciones, reclusiéndolas en la diócesis de Santander hasta nueva orden, que no vendrá mientras no venga el rey de las húngaras.

Ya no me acordaba de la insigne torpeza que cometió al reprobar el merecido ho-

menaje tributado al eximio Pérez Galdós por muchas y muy distinguidas personas de Santander, entre las que figuraban católicos de los más probados y precisamente cuando el Papa León XIII acababa de enviar su bendición al escritor ilustre, en testimonio de admiración á su talento.

Ya me había olvidado de aquel famoso *lapsus* que padeció en la cátedra del Espíritu Santo, cuando afirmó que, según la ciencia moderna, el globo terrestre puede reducirse al tamaño de una naranja; afirmación que reprodujo su órgano en la prensa.

Todas estas, y otras muchas pifias, imperdonables en un señor que se deja abrumar á diario por los adjetivos más encomiásticos que encuentra en sus diccionarios la prensa clerical, se iban borrando poco á poco de mi memoria, cuando las ha hecho resurgir en ella la decidida intervención del personaje aludido en las últimas elecciones municipales.

Ha sido, en efecto, la tal intervención una plancha que es preciso añadir en la lista de las innumerables anteriores. El prelado de Santander no ha vacilado en recomendar á los electores católicos de cierto distrito que votasen la candidatura conservadora, para oponerse al triunfo del candidato republicano.

Y como este mismo prelado y la prensa inspirada por él han dicho repetidas veces que son más funestos y peores enemigos de la Iglesia los que titulándose católicos profesan las doctrinas liberales, en que se basan las modernas instituciones, que los que abiertamente se declaran adversarios del catolicismo, el sapientísimo obispo de Santander ha demostrado una vez más que no piensa morir de un empacho de lógica, y que una cosa es predicar y otra cosa vender trigo.

Lo celebro con toda la efusión de mi *impiedad* notoria, y prometo solemnemente seguir tomando nota de todas las *lamentables equivocaciones* en que vaya incurriendo su ilustrísima.

Si son muchas y gordas, como hay derecho á esperar, me propongo coleccionarlas en un folleto, y destinar á las escuelas laicas el producto de su venta. Es una *ideica*, como diría Mariano de Cavia.

Y á propósito de lo que ha pasado en el tercer distrito.

Un periódico bloquista da á entender que el candidato republicano hubiera triunfado en toda la línea, si hubiese pertenecido al bloque, porque le habrían votado los electores liberales.

Muy bien; pero eso quiere decir que los electores liberales del tercer distrito, puestos en la alternativa de votar á un candidato republicano ó al candidato recomendado por el obispo, han optado por votar á gusto de este ilustrísimo señor.

Y ahí tiene el apreciable colega la justificación de la conducta del Sr. Toca, al no querer ingresar en el bloque. Porque, para pertenecer á él, es necesario tirar el gorro frigio y encasquetarse la mitra. Y el señor Toca, con mitra, no podría pasar por la puerta de la Casa del Pueblo.

Santander.

STEIN

## LA TIERRA DE PROMISIÓN

En Málaga se celebra una procesión de impedidos que recorre á la ida media ciudad y la otra media á la vuelta.

¿Para qué estarán impedidos esos procesionales? ¿Para el trabajo? Sin duda alguna. Pero, tratándose de actos religiosos, la fe los sana, y los deja listos para tragarse unos cuantos kilómetros como si tal cosa.

No me extrañaría verlos dispararse como una flecha hacia el campo carlista si D. Carlos tocase generala, que no la tocará. ¡Bueno está él y están ellos para lanzarse al monte en busca de lo que tienen á la mano!

Pero ¿de qué estarán impedidos esos malagueños? ¿Será de la cabeza, como la mayoría de los católicos?

Claro que impedidos para todo lo que sea sentido común y nobleza.

Para causar mal y engañar al prójimo, ninguno está, de seguro, impedido.

## El rayo en la iglesia

«Los periódicos neos, ó no dicen cosa alguna, ó pasan como por aguas sobre el suceso del rayo que cayó el día 15 en la Catedral de Avila.

«Una exhalación! cosa natural y corriente. Cayó allí; «milagrosamente» no hirió á nadie: «gracias agamus Domino».

«¡Ah! muy bien; pero ¿qué habrían dicho los neos si el rayo viene sobre la redacción de *El País*, ó sobre la de otro colega liberal cualquiera ó en un teatro, cine, kursal, escuela laica ó protestante, capilla evangélica ó siquiera tienda abierta en domingo?»

Esa oportuna chispa eléctrica visitó el templo catedral á tiempo que allí se celebraban cultos. Supongamos la caída de un rayo en el Frontón Central y durante el mitin republicano del domingo. También sobre un Centro espiritista ó en una Casa del

Pueblo, ó Círculo Librepensador mientras se verificaba una sesión, ó en la capilla reformada durante el culto, ó en la escuela de Ferrer llena de niños ante el maestro que explicara la lección. Seguramente que la algarabía de neos, carlistas y mestizos se hubiera oído en la luna.

«¡Abominación! ¡Ya era tiempo! Al fin se ha manifestado la voluntad divina de un modo inequívoco. Dios no quiere, Dios aborrece esas infamias sacrílegas, así lo da á entender castigándolas como ahora, con el rayo de su tremenda ira... y todo lo demás del arsenal neo para estos casos reunido.

Y no decimos nada si la chispa se va derecha sobre la redacción de *El Motín*, cuyo propietario, Nakens, siempre que un rayo, un terremoto, ú otra calamidad estropee un templo ó la casa de un cura, escribe invariablemente después de referir el suceso: «Y la redacción de *El Motín* tan firme», lo que hace á los neos patear, babear y darse al diablo.

Por San Vázquez y Mella, amigo D. Pepe, no haga usted eso; no, no lo repita. Estamos en el secreto de su seguridad: es el saber por la ciencia que para cada lugar hay un millón de probabilidades de que no caerá el rayo, contra una de su advenimiento; y como los templos son muchos y la casa de Nakens sólo una, todavía las probabilidades de inmunidad son para ésta mayores.

Pero el diablo las carga; el premio gordo suele caer al número más olvidado por la suerte; donde menos se piensa la liebre salta; la casa obsequiada por la exhalación contaba también con su millón de probabilidades...

Imaginemos el rayo en *El Motín*. Al punto los neos, como un solo hombre, gritarían: «Dios ha contestado á las impías y blasfemas provocaciones de ese insensato ciego. Permitiéndole emitir las cabalmente para escucharlas y que así resplandeciera su gloria.» Y daría este fariseo declarar lo menos diez años, como un milagro triunfo de la causa de Dios, léase el neísmo imbécil, contra la impiedad, vulgo liberalismo. Y no bastarían cien rayos á la vez en otras tantas iglesias, cruces, ermitas, casas rectorales, palacios de obispo, escuelas católicas y órganos de la buena prensa para neutralizar el efecto de una sola chispa en *El Motín*.

Porque ya es de fe que los rayos, los hundimientos, los incendios y todos los accidentes funestos ocurridos en los lugares ó personajes sagrados, son favores del cielo, y si vienen sobre nosotros, los liberales, ¡ah! entonces se llaman horribles castigos de la furia del Dios de las batallas: no olvidemos este hermoso dogma tan socorrido.

¿Que un rayo destruyó cierta cruz monumental? Fenómeno de la Naturaleza, altos designios de Dios. ¿Que una centella destruyó un templo y la más milagrosa de las imágenes se hizo cisco de braseros? Una desgracia natural, inevitable. Dios no ha prometido á nadie, ni aun á su casa y sus siervos y sus efígies la inmunidad contra los accidentes naturales.

¿Pero el fuego celeste toca en la morada, ó la persona, ó el predio, ó el templo, ó lo que fuere, del que no es neo? Justicia divina, ejemplar castigo, aviso á los demás impíos. ¿Qué doctrina tan enca y tan seria! Como que está hecha de encargo á la medida, bien que ya no convence más que á los idiotas; pero son muchos. Dios los bendiga. Amén.

Lo que *El País* me dice, me lo viene diciendo hace años un amigo queridísimo. Y siempre le contesto igual: «Eso no puede ocurrir. Si Dios existe, y es justo, por eso. ¿Cómo iba á compararme ni medirme con esa chusma que se finge devota suya para explotar al prójimo? Yo no le importuno, ni le molesto, ni le pido que me proteja, ni siquiera que me dé el *pan mio* de cada día, sino que me lo busco moralizando al clero, ocupación tan útil como santa. Si me sale mal un negocio, no le echo el muerto; si me sale bien, no le cuelgo el milagro. Dudo, por consiguiente, que haya existido en el mundo ciudadano que menos le haya dado que hacer. Comprendo además que estará muy ocupado en domesticar curas, desbravar frailes, desasnar beatos y enfriar beatas, y tengo la prudencia y la buena educación de no distraerle en tan trabajosa tarea. Por esto jamás se me ha ocurrido que Dios pueda enfurecerse contra mí hasta el punto de enviarme un rayo á que me parta por el eje.

Con los católicos ya es otra cosa; le calumnian tan descaradamente atribuyéndole cualidades malas; le pintan de tal manera caprichoso, injusto, soberbio, vengativo, que se explica que alguna vez consigan enojarse, y que muy de tarde en tarde (yo lo haría más á menudo), les mande un recordatorio por conducto de una chispa eléctrica.

Y luego, que nunca dejan de pedirle: que si la salud, que si el alimento, que si el vestido; que se les reviente un grano, que se les quite el dolor de muelas; que llueva, que deje de llover; que el hijo salga libre de quintas, y á la niña le sobrevenga un novio rico, tonto y creyente; que la señora libre con toda felicidad; que el *Chapa* suba al trono; en fin, toda suerte de gangas y muchas cominerías; y todo esto, la verdad, es para poner de mal temple al mismo Dios en persona. Y no hablo más que de lo que piden

para esta vida; para la otra no se contentan con menos que con pasarlo al lado del Ser Supremo y lo más cerquita. ¡Horror! ¡Una lata eterna! En fin, que son insaciables en el pedir y en el desear, y cada uno de ellos necesita un Dios para él solito.

Por estas razones, me explico que mande rayos á los templos donde se reúnen esos que así le importunan y le ofenden, y no á la redacción de *El Motín*. Y diré más: si algún día cayese en ella alguno, no lo atribuiría yo á castigo, sino á mala puntería. Y vaya el último golpe. Aunque me conveniera de que lo había disparado directamente contra mí, le quedaría agradecido, pues de seguro lo habría hecho para sacarme cuanto antes de entre esta gusarapería asquerosa que bulle y se agita hoy en España balseando sobre todo lo honrado, todo lo digno, todo lo bueno...

Y después de dicho esto, ¡vengan rayos y centellas sobre esta redacción, que se ha mantenido firme durante los veintiocho años últimos, mientras se derrumbaban templos, se asfixiaban fieles, se quemaban los santos de madera y se hacían cisco los de piedra! Siempre resultaría que Dios castiga con preferencia á los que más barrabasadas le hacen, y que por esto me había dejado á mí para lo último.

## La leyenda de Laconi

(Variante de una tradición popular sarda.)

Había una vez en Laconi un mendigo, que cuando llegaba á su choza después de haber recorrido durante todo el día los campos inmediatos, se encontraba con una mujer, vieja, huesuda y malhumorada que invariablemente le echaba en cara lo mísero de la colecta.

Sobre Laconi alzabase una antiquísima construcción entre castillo y monasterio, habitada por unos muy grandes y religiosos señores... Y nunca el pobre llegaba hasta allí.

Y cuando gruñía la vieja mujer del mendigo, siempre terminaba diciendo: «No quieres ir al castillo y prefieres estar tumbado... ¿Es que esperas á que bajen los señores?»

Hasta que un día el mendigo dijo: «Yo iré, aunque no por mí, sino porque me debes.» Y ella añadió: «No se puede renunciar á una limosna».

Y el mendigo fué al monasterio y por la tarde vino repleto de provisiones.

Y todas ellas, incluso unas alforjas de aceite, las había metido en las alforjas; así que por el camino venía encorbado bajo el peso

Mas cuando estuvo dentro de la choza, su mujer comenzó á gritar aterrada, porque de las alforjas manaban chorros de sangre...

Y entonces dijo el viejo: «Ya lo suponía, y no quise ir por mí solo. No quería recoger la sangre de los demás».

## LAS VIEJAS

¿Qué daño hacen á nadie esas pobres viejas que rezan y refunfunan en la iglesia? Dejadas con sus vestidos y sus mantos negros, sus zapatos de rúel, sus enormes rosarios, sus devocionarios sujetos con una goma, sus antiparras y sus mitones. Tan pronto entran en la sacristía, como se posturan ante el altar. Regalan velas, pagan misas, encargan respuestas, rizan puntillas, visitan vírgenes de palo, adulan á los clérigos y dejan enormes herencias para fines piosos.

Pues, en verdad os digo, y si creéis que son exageraciones, peor para vosotros, que la lidia, la dinamita, el cólera morbo ó el tifus resultan inofensivos si con estos seres pacíficos y santos se los compara. Porque el atraso de España, la lucha de clases, la miseria del pueblo, el endiosamiento de los curas y todas las calamidades que nos ponen al nivel de Marruecos se deben en gran parte á esas bienaventuradas devotas que huelen á incienso y se comen los santos.

El P. Fulano, negación de toda cultura, bárbaro de la derecha, como diría Pidal, que se tiene en postura vertical por un milagro de equilibrio, que así sabe de teología y ciencias eclesiásticas como de dirigir un cotillón, resulta predicador, confesor, director de congregaciones, párroco y obispo sin más razón que porque supo adular á las viejas y con toda seriedad les dió á deglutir las bolitas con la virgen del Perpetuo Socorro, les bendijo los parches para el flato, tocó con la imagen de San Roque los calzones de bayeta amarilla para el reuma, rezó los cuarenta pater-noster de San Judas, repartió cabos para las tempestades, concedió indulgencias sin número á cualquier mamarracho pintado en un papel, hizo llevar la imagen enfermera á casa de todas las que



habían estornudado tres veces, preparó esferas de cera para encender el hilo de coser y tomó chocolate en casa de las confesadas cada y cuando que estas tuvieron gana de tertulia mística sin dejar el brasero. Y como los hombres de algún valer, aun en el mismo clero, no sirven para nada de eso y mandan al cuerno a las brujas de sacristía, de aquí que, gracias a la ola negra de las arrugas, los mantos y los flatos, se hayan apoderado de los puestos prominentes verdaderos imbeciles fronterizos del simio, seres ineptos y repulsivos, conjunto de sandeces y bajezas, de vicios y devociones y mugre y agua bendita y fanatismos y mala intención.

Primera obra de esa vez que llamamos inofensiva. Pues hay otra todavía más molesta.

Esas gentes, bien dirigidas e influenciadas, darían a no dudar para dinero a los pobres, que bien lo necesitan, sobre todo en Madrid, y una herencia cuantiosa hubiera hecho un hospital según los adelantos modernos y en relación con la población; un donativo espléndido hubiera fabricado algún asilo modelo que diera de comer al hambriento; otra limosna hubiera servido para casas de socorro grandes, abastecidas de cuanto necesitan los pobres en sus continuos accidentes y desgracias, repartiríanse de continuo socorros entre familias vergonzantes, salvaríanse de la ruina pequeños comercios e industrias, correría, en fin, a manera de un río de dinero y de consuelos que, saliendo de los ricos, iría a parar a los pobres. En vez de eso ¿qué es lo que sucede?

Sucede que los jóvenes encuentran que todo es poco para sus diversiones y placeres, lo cual no deja de ser natural, y los viejos, fanatizados estúpidamente en la iglesia, lo dan todo a los curas, a los frailes, a los jesuitas, que es la manera más infalible para que no llegue ni una gota, ni una miaja a los pobres.

Aquí, surge un esperpento de templo-marracho hecho con los millones que dejó una señora; allí, un edificio monstruoso y horriblemente caro fabricado con los millones que dejó otra vieja; allá, un inmenso convento; acullá, un beaterio o un panteón que no sirve para nada y en los que se invierten cantidades enormes mientras los pobres, los honrados, los que trabajan, los que no piden limosna, se mueren de tifus, de hambre y de miseria, hacinados en cuartuchos infectos y diezmados por la anemia y la tuberculosis.

¡La obra de las viejas! De esas inofensivas y encogidas que parecen fantasmas negros al atravesar las oscuras naves de la iglesia o arrodillarse en las frías losas haciendo sonar las gruesas cuentas del rosario.

PEDRO CRESPO

## Leña al hermano

En el vestíbulo de San Vicente, convento de Roma, varios frailes la emprendieron a palos con otro, hasta echarlo a la calle medio desnudo, sin acordarse de la decencia ni de San Martín, que, como todos sabemos, porque nos lo han contado, dió a un mendigo la mitad de su capa o manto para resguardarle del frío, si bien ciertos teólogos no están del todo conformes en puntualizar la estación ni precisar el calor o el frío que por entonces hacía.

Digo, pues, que los benditos frailes hicieron en San Vicente una barrabasada contraria en un todo a las máximas de Cristo, pues desnudaron al vestido, pusieron enfermo al que gozaba de salud perfecta, casi mataron al que estaba sano del todo, no taparon las faltas de su hermano (antes las descubrieron delante de la muchedumbre romana que le vió en pelota), profanaron el templo y consumaron otras cuantas perrerías más, opuestas en un todo a las obras de misericordia que la Santa Madre Iglesia determina y recomienda.

Pero como esto es lo que hicieron siempre, con cualquier pretexto y en todas partes, no hay para qué parar mientes en ello.

## Del ambiente moderno

INICUOI

Yo lo vi, y aún hay en mi faz arbores y en mi hígado hieles; ¿qué terrible tragedia se ocultaba en el fondo de aquella cabeza calva, de aquel cuerpo, montón de harapos polimantas, que al paso tardo de aquella figura en ruina, como si quisieran separarse del contorno, flotaban agitados por el viento?...

Aquel hombre—mejor exhombre,—que ahora conduce el gancho hacia el colegio electoral, le he visto yo muchas veces hacer gala de su civismo, alardear de sus ideas redentoras; le he visto asediado por los caciques, acorralado por el hambre, postrado por la enfermedad, y en medio de sus infortunios, en lo más agudo de su dolor, le he visto, digo, hacer nuevas, ardientes protestas de su fe republicana.

Y ahora, cuando ya es despojo, cuando su energía ni conciencia conserva, ufana con su voto a los caciques desaprensivos

que le vilipendiaron y le escarnecieron. ¡Oh crueldad inaudita del destino!...

Pero dejemos de lamentar la situación del vencido; con ser muy triste, no es lo más triste; lo más triste, lo más repugnante, lo que puso en mi faz arbol y en mi hígado hiel, fué contemplar cómo sus correligionarios y los míos, indiferentes, le miraron pasar camino del sacrificio. Ya lo dijo alguno más sincero: «¡Pchs! ¡qué importa un voto en una contienda en donde vamos a ser derrotados por tantos!» ¡Ah! miserables vulpejas; sólo visteis el voto; pasó inadvertido el desgraciado correligionario por cuyo decoro debisteis velar y a quien dejasteis sucumbir acosado por el hambre, mordido por el dolor y acalambrado por el frío...

Y en tanto que en la plaza esto pasaba y los republicanos preveían una derrota que nada hacían por evitar, el hombre, allá arriba, en el colegio, emitía con mano temblorosa su sufragio; creí percibir en la papeleta las huellas de la presión de unos dedos aún vigorosos, y era que, como del brazo izquierdo no se podía servir, por tenerle paralizado, se acercó la papeleta a la boca—dicen que para doblarla; yo diría que para morderla despedido; pues más que doblado, cayó en la urna estrujado el papel.

Y al volverse para salir de aquel recinto el elector, cuyo ambiente es seguro dañaba a su espíritu revolucionario, con una mano sarmientosa, contrada para sostener una moneda, se restregó los ojos mortecinos, que por un momento irradiaron destellos de odio, que no pude apreciar si los dedicaba a aquellos que le sobornaron, o a sus correligionarios que en tan lamentable situación le abandonaron a su triste suerte...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo, Mayo 1909.

## RIOTINTO

### Las fundiciones y los hornos

Calma en torno.—Las fraguas de Vulcano. La tisis.—Un hombre fundido.—Las telaras.—El hombre seco.

Son las seis y media de la tarde. El sol todavía reverberará buen rato en las cristalerías de Bellas Vistas, donde los ingleses tienen sus lindas e higiénicas viviendas; pero en Riotinto, ceñido de tajados montes, la luz se degrada dulcemente y un largo crepúsculo comienza.

Es la hora en que terminan los trabajos diurnos. Las rumorosas oficinas se quedan vacías. Las locomotoras huyen sueltas y ya no retornan. Los ferreos vagones, que durante el día han alarado sin cesar, forman ahora largas filas inmóviles en los bancos de las «cortas» o en los sitios donde los sorprendió las seis y media. Las paleras también yacen inanimadas, apuntando al cielo con sus brazos largos y rígidos, acostumbrados a levantar triunfantes toneladas de peso. Los barrenos ya no detonan sacudiendo y haciendo gemir a la tierra... En los lugares circunvecinos, donde antes todo era actividad y pena, reina ahora el silencio y el reposo; y Riotinto, desierto durante el día, se anima a esta hora suave. Pero su animación no es tumultuosa; los mineros aún están cansados, aún vuelven muchos lentamente de sus faenas, y los que ya se han lavado y quitado los harapos de las galerías, se reposan jugando al tute en las puertas de las casas. Algunos beben aguardiente; los más beben gaseosa.

También es sábado. El descanso durará hasta el lunes. Sólo en las terribles fundiciones la gente seguirá afanándose en estas treinta y seis horas de sosiego. Hasta los hombres cobrizos que a la luz vacilante de los candiles excavan y sudan sangre noche y día en los senos de la tierra no volverán el domingo a sus negros antros.

Pueblo de trabajo duro en que todo se hace al vuelo, la calma del domingo aduletra el carácter y la fisonomía de Riotinto. El que no es trabajador activo se aburre y bosteza y tiene que huir a Nerva.

Omnia mea mecum porto. Y como todo el equipaje lo llevo encima, tomo a pie el camino de Nerva procurando acercarme cuanto puedo a la fundición Bessemer. La otra, la de pirita, está en lo alto del monte, y en él también las robustas y atrevidas chimeneas que lanzan sus mortales humos a los cuatro puntos del horizonte, dejamos rasos los campos. En cinco leguas a la redonda, la agricultura ha muerto y los campos están yermos. Al fin del monte, junto a la vía férrea, se yergue la fundición Bessemer, y aunque está bien guardada, basta pasar al lado para presentir su medroso interior. Es como las fraguas de Vulcano o como un rincón en el reino de Plutón. El ruido ensordece; por los abiertos ventanales salen grandes soplos caliginosos, y allá en el fondo se retuercen gigantes masas de llamas. Cuando la noche envuelve al mundo, la fundición se revela fantástica, ignea toda. Este es el lugar más angustioso de Riotinto. Yo he estado largo tiempo preso, y preferiría el presidio a trabajar junto a estas masas de

llamas y de cobre en fusión. Si tuviese que trabajar, bajaría a la contramina, me desfilonaría en la «corta», andaría entre los trenes y brincaría de vagón en vagón.

En estos trabajos es fácil perder la vida; pero hay muchos que la conservan. En la fundición del cobre todos mueren pronto. El hombre se consume rápidamente aspirando los espesos gases; pierde el color, se consume, el pecho no puede hacer de incansable fuelle, la tisis acude galopando. En la «corta» y en la contramina se suele morir aplastado por un liso ó despedazado por un barrenos, y la Compañía tiene que indemnizar a los padres, a la esposa ó a los hijos del muerto. (Si los padres no reclaman ó el muerto no estaba legalmente casado—como suele suceder en la mitad de los casos,—la Compañía no paga.) Los obreros de la fundición mueren de enfermedad y la poderosa Empresa a nadie tiene que indemnizar. Sólo de tarde en tarde sobreviene el accidente. Por ejemplo, éste, ocurrido el mismo día en que se inauguró la fundición: un obrero cayó en la caldera donde se fundía el cobre, y él también se fundió. Quizás la moneda de cinco céntimos que el lector lleve algún día en el bolsillo vaya aleada con una partícula del obrero...

Detrás se queda la fundición, y yo prosigo mi camino, saltando regajos de agua verde—el agua agria que tanto aprecia la Compañía por los buenos rendimientos que le produce y tan temida por los mineros porque les abrasa las carnes.—Ya lo he dicho: en uno de estos regajos es donde sentí este anochecho en el pie derecho el mordisco de las aguas.

Todo el camino que recorro estuvo antes lleno de telaras. Aquí se calcinaba al aire libre el mineral de cobre. Cuando el aire soplabla hacia Riotinto, los humos caían sobre él, suscitando toses y quebrantando pechos. Cuando soplabla en dirección de Nerva, sobre ella caía el manto negro. Esta es la dirección que ahora mismo lleva. Aunque las chimeneas de las fundiciones lancen altos los humos, siento sabor de azufre y picazón en la garganta...

El hombre alto, seco, mal encarado, que tantas veces vi en Riotinto, pasa a mi lado montado en un trocén. Como vivía en Nerva cuando yo le conocí, en llegando a Nerva hablaré de él.

Ya voy entrando... El humo sulfuroso baja lentamente sobre el pueblo y lo envuelve como ligera neblina.

M. GIGES APARICIO

## ANTAGONISMO

«No hay ciencia contra Cristo: o su Iglesia no puede haberla; la sabiduría que se levanta contra Dios, la que niega ó blasfema, no es más que ignorancia amañada, ciencia de falso nombre, máscara con que se cubre la impiedad para engañar a las gentes sencillas, y aun tal vez para engañarse a sí mismo. Engendrase, no en la atmósfera esplendorosa de la inteligencia, sino en los senos más tenebrosos del corazón...»

«Armonía entre la Ciencia y la Fe», por el P. Miguel Mir, página 361.

Ya lo sabéis, sociólogos, filósofos de todas épocas, célebres naturalistas, sabios científicos; según el jesuita Mir, estáis cultivando la ignorancia amañada, la ciencia de falso nombre, y el resultado de los inflexibles estudios que habéis hecho no ha surgido espontánea de vuestra fecunda inteligencia, sino que ha sido engendrado en los senos más tenebrosos de vuestro corazón.

Ahora resulta (?) que cuanto hemos aprendido de la ciencia y sociología contemporáneas para emanciparnos de los prejuicios religiosos, ha sido un engaño, si hacemos caso (!) a la filosofía sicofante del tal jesuita.

La ciencia (que le conste al discípulo de Loyola) es un conjunto de verdades demostradas, de teorías racionales, de conocimientos ciertos. Es atea por convicción, rebelde por temperamento y revolucionaria por sus hechos; jamás puede ir en armonía con el dogma, nacido en la crasa ignorancia, sostenido por la violencia y mantenido por la tiranía despótica, ni con esa fe, espejo del dogma, inculcada brutalmente en los tiernos é indefensos cerebros infantiles.

La fe dice: «Crearás lo que no veas sin ocuparte de que pueda ó no ser posible», y la ciencia se expresa así: «Admitirás todo cuanto sea posible y pueda comprobarse, bien por el estudio, la investigación ó la hipótesis racional.»

De estos axiomas puede sacarse en consecuencia que la fe, esta arma teologal manejada con tanta astucia por los teístas, tiene por objeto el hacer creer cuanto manda la Iglesia, aun cuando esto sea una mentira palpable; por lo tanto a un creyente le está vedada la ciencia, puesto que contradice con sus demostraciones las leyendas de la Biblia y nos pone de manifiesto obviamente la imposibilidad de lo sobrenatural que tan buen papel juega en los mitos cristianos.

Por mucho que nos quieran hacer ver los teólogos de que aman la ciencia, es mentira. La Iglesia no puede querer al enemigo que

ha de causar su muerte. La evolución sosegada y firme que sigue la ciencia, hace germinar en las doctrinas anticuadas, estólidas y antirracionales el sincretismo, haciéndolas dispersar en vergonzosa retirada.

No puede negarse, pues, la rivalidad entre la ciencia y la fe; son dos organismos, contumaz éste y etiológico aquél, que se repelen.

Vitoria, Mayo 1909.

SIDORIO

## Contrafiesta del árbol

En Salamanca, población tan sucia, municipalmente hablando, como católica, y donde unos pocos hombres cultos tienen que luchar contra recuas de beatos é hipócritas, se ha celebrado recientemente la fiesta de San Gregorio con una destrucción del arbolado público, a lo marroquí.

Precediendo y rodeando al santo—escribire un periódico de aquella localidad—marchaban centenares de muchachos, agitando grandes ramas de castaños, de chopos y hasta de árboles frutales.

Pero esto de las ramas es andarse por las ramas; muchos niños llevaban arbolitos enteros cortados por el pie; vandalismo que hace clamar a dicho periódico contra lo que, con harta razón, califica de «contrafiesta» del árbol.

Semejante salvajada le resulta muy artística a la comisión ó junta nea, puesto que concede tres premios a los chicos que más se distinguen en la presentación de estos despojos.

¿Se aleja la lluvia de los áridos y reseca. llanos de Castilla; pero en cambio se honra a las imágenes y se las saca en rogativa para que imploren el agua del cielo.

Barbarie pura, y eso en una población que fué centro de civilidad.

## Y ELIJA USTED

Lleva razón mi mujer—dice el personaje de La cara de Dios—con dos pesetas que gano me da para almorzar nada menos que dos principios: pan y tomate; ó principio por el pan ó principio por el tomate; ¿qué más puedo pedir?

Esta santa libertad la tenemos perfectamente garantizada por el paternal gobierno que hace felices a todos los españoles; los que se quejan son unos lamineros y exigentes. ¿Que suben el pan? Pues no lo compran; ¿quién les pone un puñal en el pecho para que se acerquen a la tahona? ¿Que el patrono les disminuye el jornal y les aumenta las horas de trabajo? La autoridad garantiza la libertad de despedirse del taller. ¿Que no está uno conforme con la marcha política ni administrativa del gobierno, ni con el imperio del clericalismo, ni con la invasión monástica? Pues que emigre; en la Argentina y en el Panamá hace falta gente, y déjese de lamentos importunos que no han de turbar las buenas digestiones de los ministros, de los obispos ni de los accionistas del Banco ó de las compañías usufructuarias de todos los monopolios.

Quejarse de la falta de libertad en un país donde libremente se puede uno arrojar de cabeza por el Viaducto de la calle de Segovia, el Miguelete ó la Giralda, tomar por almohada la vía férrea para que le haga una tortilla la cabeza el tren de lujo, ingerir cincuenta gramos de arsénico en el estómago ó pegarse un tiro con escopeta central de des cañones, con mautser, con pistola lafoucheux ó con revólver smit, a su libre elección, es un colmo.

Aquí es uno libre para todo. Para exponer libremente sus pensamientos de palabra ó por escrito. Para profesar la religión que quiera ó ninguna. Para bautizar ó no sus hijos. Para casarse civil ó canónicamente. Para hacerse enterrar con ó sin curas; en fin, para hacer cuanto a uno le dé la gana, con tal de no molestar a los señores. ¿A qué viene eso de pedir lo que tan pacífica y holgadamente se disfruta?

¿Que habla usted en un mitin y al delegado de la autoridad le parece que ha cometido usted un delito de boquilla? Pues a presidio. Y no me diga que por eso le han coartado la libertad. ¿No fué libre para quedarse en su casa y dejarse de discursos? ¿Que escribe un artículo y lo denuncian y lo mandan a meditar ocho años a Chinchilla sobre el ejercicio de los derechos individuales? No se queje a nadie, porque nadie le mandó meterse a escritor. ¿No estaba usted en absoluta libertad de echarse al camino en vez de escribir en los periódicos?

Considero que, en efecto, los que piden a gritos la libertad de cultos y la secularización del Estado y la expulsión de los frailes, pueden principiar por el otro principio; por hacer uso de las libertades legales, separándose de la Iglesia, que al parecer, tanto les estorba. Y ya tenemos aquí el almuerzo del albañil de La cara de Dios. «O principiamos por el pan ó principiamos por el tomate.» Los dos principios. ¿Pues no queremos ni el uno ni el otro. Ni nos da la gana aparecer sumisos al clericalismo, ni quere-



mos mostrarnos disidentes de religión alguna, y menos de la histórica nacional, máxime cuando la libertad de esa disidencia es muy parecida á la de los oradores de mitin, que van con toda libertad á la cárcel, ó la de los periodistas que libremente van á presidio. La coartada es de mano maestra, pero no cuela.

Es simplemente mentira que pueda uno bautizar ó no sus hijos con plena libertad, como no sea con la libertad del suicidio. Lo primero que se exige á los niños para ser admitidos en las escuelas públicas es una papeleta de la parroquia. Y nada digo de la enseñanza que, en último caso, y logrando ingresar en algún centro oficial docente habrá de recibir el niño, obligado á aprender las cosas necesarias para hacer una buena confesión y á rezar el rosario.

¡Ah! y el constante asedio de las señoras del clericalismo andante, que no le dejarán vivir ni á sol ni á sombra, persiguiendo la salvación de las almas de los chicos ya con halagos, ya con amenazas, mejor con amenazas; sitiando por hambre á la familia, y si fuere necesitada cerrándole todas las puertas de la beneficencia oficial y de los socorros particulares. El cura suscitará los odios del vecindario y huirán hasta los parientes más próximos de la casa del *moro*, haciendo á los padres imposible la vida; y tome usted por donde quiera el art. 11 de la Constitución.

Yo admiro, más que á Napoleón el Grande, á los escasos héroes del librepensamiento que, épica y consecuentemente, no bautizan sus hijos, y me consuelo pensando dónde irá á parar el clericalismo el día, nunca bien esperado, de la libertad de conciencia.

¿Que los liberales se casan en la iglesia pudiendo hacerlo civilmente? Otro infundio. Mientras no se meta en la cárcel á los obispos que llaman concubinato al matrimonio civil y concubinas á las honradísimas esposas, orgullo de sus hogares, esa libertad más será una deshonra y un peligro que otra cosa. Y no hay que olvidar ni la resistencia de los jueces municipales á tramitar estos expedientes, ni las últimas instrucciones del Papa sobre el matrimonio, en completa y abierta oposición á las leyes patrias y que nuestro clerical Gobierno ha codificado recientemente.

Los que á pesar de todo logran casarse civilmente, tienen valor acreditado. No es por consiguiente extraño que muchos, casi todos los anticlericales, se resignen á la cruel coacción, dejándose explotar villanamente, mientras los curas, por sostener el pie de altar y la farsa religiosa se dan por engañados, dejando á los contrayentes recibir un sacramento en que no creen, sin intención de recibirlo y por consiguiente nulo; dando por buena una confesión de embustes y haciendo recibir sacrilegamente la comunión á los más decididos adversarios de la Iglesia, por muy conocidos que sean. A esto le llaman los clericales sus triunfos. ¡Al freir será el reír! El hombre nada odia tanto como la coacción. Ya nos veremos cuando la coacción desaparezca.

Todo español es libre para educar sus hijos como mejor le parezca, laica y religiosamente. Mentira. El Estado, haciendo acepción de personas, obliga al profesorado docente; primero á jurar la defensa del catolicismo, armando á todos los doctores caballeros de la Purísima Concepción; poniendo á los maestros de escuela bajo la férula episcopal, lo mismo en las Normales, que en las oposiciones, que en las juntas locales y provinciales de enseñanza, donde jamás falta el cura ejerciendo de fiscal. Es verdad que el Estado garantiza á los maestros para que se dediquen á expender agua de Lourdes ó chocolate de los Trapenses, y no les obliga á hacer oposiciones á las escuelas vacantes; ¿qué más quieren?

Y abra usted una escuela laica. Pues el cura desde el púlpito y los periódicos clericales, desde sus columnas, dirán que el maestro es un bandido y su colegio la antecala del presidio; que allí se azotan los eristas, se queman las vírgenes y se enseña á robar, á asesinar y el ejercicio de todas las maldades imaginables; y esto á ciencia y paciencia de los gobiernos que sostienen la libertad de enseñanza. Y son tan sinvergüenzas y desaprensivos los clericales, que hasta á esas escuelas van en busca de niños para que hagan la primera comunión, comprando á sus padres con dádivas ó amenazándoles con privarles del sueldo ó del jornal. ¡Canallas!

Encuentro, por consiguiente, muy disculpable el miedo que infunde la Iglesia amparada por el Estado, y justificado el disimulo de los que dependen de esos bajos y serviles instrumentos del clericalismo, á cuya sombra se han enriquecido y con cuyo manto cubren sus robos, sus liviandades y sus vicios más asquerosos.

Para los que no hallo disculpa, á pesar de mi excesiva indulgencia, es para los hombres liberales de posición independiente que hacen educar sus hijos por jesuitas, frailes ó monjas; éstos harían muy bien ingresando en las filas clericales, porque aquí ya los tenemos puestos en cuarentena. No hay escape; ó tratan de engañar á la libertad, ó piensan engañar á la reacción. Caballeros: cartas boca arriba y á jugar limpio. Ha llegado la hora de liquidar y hay que saber cómo andamos de cuentas.

Tampoco me explico la eterna contradicción en que viven nuestros políticos liberales de primera fila, que truenan en los mi-

tins contra el dominio absorbente de la Iglesia y el fanatismo de las masas ignaras, y luego se van á rezar salves á la Virgen del Pilar. No haya miedo que ninguno de tales personajes se atreva á decir, pública y solemnemente: «Si el catolicismo es la supremacía del poder eclesiástico sobre el civil, la infalibilidad del Papa, la enseñanza exclusiva de la Iglesia; si el catolicismo es, en fin, el clericalismo, yo no soy católico.»

Es preciso decidirse; hay que levantar la bandera del cisma, de la rebelión; hay que echarse fuera de una vez de esa coartada mal urdida que nos pone delante lo uno y lo mismo, diciéndonos con impúdica arrogancia: «Elija usted.»

CANTA CLARO

## REMEMBRANZA

### El Poder Civil y la Iglesia ante la Historia

El ultramontanismo, como última trincheira, apela al testimonio histórico para recabar el predominio de la Iglesia sobre el Poder Civil.

Veamos lo que dice la Historia. Los reyes bárbaros consideraban las iglesias como un beneficio de la conquista y disponían de ellas para recompensar servicios ó para hacerse partidarios. Y ocurrió que el rey Clotario, en el siglo VII, nombró un sacerdote para el obispado de Saintes, y en ausencia del metropolitano lo hizo consagrar por otro obispo. La ordenación era nula y el arzobispo hizo proceder á una elección regular. Oigamos ahora la recepción que el rey hizo al clérigo encargado de solicitar la confirmación del elegido; el suceso nos lo refiere Gregorio de Tours: «El rey, lleno de cólera, mandó que Nuncupatus fuese arrojado de su presencia, metido en carro lleno de espinas y llevado al destierro: «¿No sabías tú, le dijo, que por encima de vosotros, los sacerdotes, estaba uno de los hijos del rey Clotario para sostener lo que ha hecho su padre?» Y acto seguido hizo reponer á su obispo, y obligó al metropolitano á pagar mil piezas de oro, é impuso á los otros obispos una multa proporcionada á sus facultades.» De este modo, añade el cronista, quedó vengada la injuria hecha al príncipe.

En la crónica hecha del monje de Saint-Gall, 1, 4 y siguientes, se lee en la relación ingenua de las intrigas que se atravesaban en la corte para arrancar un nombramiento de obispo al emperador; y por ello se ve que Carlo Magno disponía de los obispos como lo mismo que de los beneficios. Aun bajo sus débiles sucesores, los papas se dirigían al jefe del Estado para pedirle, como un favor, el nombramiento de tal ó cual obispo. En 853 el papa León IV escribía al emperador Lotario: «Rogamos á vuestra mansedumbre que se digne conceder esa iglesia al humilde diácono Colonus.» En 879 el pontífice Juan VIII hace igual súplica al rey Carloman, y anuncia el nombramiento del elegido á los habitantes de Vercella, diciendo que el rey, «siguiendo el uso de sus predecesores», había concedido el obispado á Cuspertus.

Los reyes en los siglos VII y VIII no permitían que los obispos se reuniesen sin su autorización. Habiendo un metropolitano convocado á un sínodo en el siglo VII, el rey Sigeberto prohibió á los obispos el que asistieran á él. En los actos de los concilios se dice formalmente que han sido convocados por orden del rey ó celebrados con su consentimiento. La aprobación real era todavía más necesaria para hacer obligatorios los decretos de los concilios. Los cánones eran publicados por el rey, y figuraban como leyes políticas en la colección de las capitulares.

Grande es, pues, el embarazo de los ultramontanos para concertar estos hechos con sus pretensiones, porque, según ellos, la convocación de los concilios es un derecho divino del papado.

Los periódicos de Bucarest anuncian que Simón Magiler, anciano de ciento veinticinco años, ha confesado «in articulo mortis» que mató á una prometida suya á hachazos y quemó el cadáver.

Esto prueba dos cosas: que los remordimientos no matan y que es cierto lo de que Dios no quiere la muerte del pecador.

¡Porque vaya si son años de vida ciento veinticinco!

## Buen principio

Desde hace cosa de un año Juana de Arco aparece con cierta frecuencia en Orrony, pueblecillo del Oise.

Susana Bertin, de diez años, la vió «por vez primera» en un olmo, precisamente el 14 de Julio del año pasado.

De las ramas del olmo salían vivos fulgores; se acercó la pequeña y vió una hermosa

señora rubia cubierta de una armadura rutilante y blandiendo un espadón tamaño.

—¿Quién sois?—preguntó.

—Juana de Arco, mártir.

Después, y en el mismo olmo, se ha repetido la escena, y hace pocos días Juana de Arco dió á la Susanita la siguiente noticia:

—Va á estallar una guerra formidable, y tras ella vendrán el cólera morbo, la fiebre amarilla, la fiebre negra y una plaga de moscas infecciosas.

Después de dar tan agradables noticias la dulce y angélica visión, desapareció.

Empieza bien Juanita su oficio de santa: metiendo á los católicos el corazón en un puño con sus profecías. Cuando vaya adquiriendo alguna práctica en el oficio, será cosa de echarse á temblar cada vez que abra la boca.

Aunque sospecho que esas profecías debben de ser una broma de la niña Susana. Y me fundo en que ninguno de los santos ni santas de los millares que existen con fama de milagrosos, ha dicho ni una palabra sobre el asunto. Y sería extraño que Juana, la última llegada al cielo, se hubiera enterado antes que ellos de una noticia de tanta transcendencia.

Por lo tanto, respiremos tranquilos.

## Pólvora en salvas

Para festejar á la Virgen de los Desamparados, en Valencia, dispararon estos últimos días los sogueros de aquella ciudad 4.200 morteretes y una traca.

¡Lástima de pólvora, y lo bien que podía haberse empleado!

Pero ¿no hay desamparados en Valencia? ¿Son todos los valencianos unos Cresos? Porque cuando los sogueros se permiten tales lujos, las otras clases sociales más empingorotadas debben de estar nadando en oro. Y entonces, no habiendo nadie á quien amparar, ¿sobra la Virgen de los Desamparados, ó sobran los morteretes y las tracas con que se la obsequia.

Tienen la palabra los que se consideren desamparados irredentos, y pueden protestar de indefensión. Si nadie alza el dedo, debe declararse vacante un altar por desidia y abandono de la imagen correspondiente.

A dilemas así conduce el catolicismo.

O no hay pobres ni enfermos ni desgraciados de ninguna especie en la cristiandad, ó huelgan las vírgenes y los santos, y son inútiles todas las oraciones, todos los ruegos, todos los votos y exvotos.

## La Moral en «La Peña»

Con este título publica un colega conservador de la Coruña, *El Noroeste*, dirigido por un diputado ministerial, esta crónica, que tiene, aparte el mérito literario, el valor de publicarla un periódico maurista nada afecto al Sr. Macías:

«Procesado por lo civil y por lo militar, dado de baja en el escalafón de su Cuerpo, encarcelado, el Sr. Macías ha sido expulsado de La Gran Peña de Madrid, la famosa sociedad aristocrática y elegante. No cabe duda de que al pobre y mal aconsejado auditor de la Armada no le ahorran los tragos amargos.

El proceso militar, justicadísimo, habrá estado fundado en el acto de insubordinación que encierra su denuncia sensacional; el proceso ordinario, también muy justificado acaso, responde á la calumnia contenida en su escrito no apoyado en prueba alguna que lo abonase; la exclusión del Cuerpo jurídico de la Armada, ya más difícil de explicar, puede ser fundada en faltas que desconocemos con respecto á sus compañeros de abogacía naval. Pero la expulsión de La Peña no se sabe en qué puede estar basada.

Probablemente será que el elegante círculo ha acordado empezar briosamente una cruzada en favor de la absoluta corrección y la estricta pureza moral y que, para iniciarla, no quiere consentir que siga figurando en sus listas de socios el hombre que cometió la grave y censurable ligereza de acusar sin pruebas ni justificantes á gentes de buena fe, con riesgo de quebrantar ante un país de suyo receloso la indispensable autoridad moral de sus gobernantes.

Si esto es así, como no cabe duda de que el Sr. Macías cometió un yerro—yerro del cual, á estas horas, sólo él mismo ha resultado perjudicado—La Peña habrá obrado con verdadera aunque cruelísima altura moral borrándole de sus listas sociales.

Y entonces España entera podrá enorgullecerse de poseer en su corte un círculo compuesto de hombres absolutamente puros, sobrehumanamente ejemplares, entre los cuales no será posible señalar un tramposo, un mal padre de familia, un adúltero, un marido complaciente capaz de granjearse de su tolerancia con la li-

viandad de su esposa, un jugador de mala ley, un caballero de expedientes y martin-galas, un calavera ligado por lazos de dinero á los propios criados que le sirven. Es decir, que La Gran Peña será algo así como la vieja caballería andante á la usanza de D. Quijote, compuesta tan sólo de hombres sin mácula, incapaces de convivir con un entuerto y juramentados para perseguir el mal allí donde se hallare. ¡Feliz el país donde un tal círculo puede formarse cuando casi todos los del mundo entero están, precisamente fundados con la cómoda tolerancia y aún en la explotación de todas las inmundicias, sin más obligación que la de cubrirlos con un exquisito cuidado de las fórmulas sociales, esas fórmulas que consienten el despojo de un hombre por otro ó el destrozo de un bienestar moral ó material, pero no toleran una palabra insolente ó una mirada procaz, fórmulas que obligan acaso al robo para pagar dentro de las veinticuatro horas una deuda de «baccarat»!

El rigor de La Peña contra Macías, si está encaminado á castigar su grave ligereza, nacida de pasión, de erotismo, de obsesión de popularidad, debe ser el comienzo de una revolución moral de la sociedad elegante. Y si procede de la convicción de que Macías fué instrumento de otras gentes á quienes todo el mundo señala con el dedo y que probablemente figurarán entre sus socios, irá seguramente seguido de igual medida contra los personajes públicamente señalados.

Pero en cualquiera de los dos casos debe ser considerado como síntoma de una cristalina y exquisita pureza de moralidad colectiva que, francamente, los casinos no suelen alcanzar, ni necesitan, ya que no es lo mismo tomar café juntos que casarse ni asociarse. La moral, huida de Grecia, ha venido á refugiarse en el aristocrático casino de la calle de Alcalá.

## ANDANDO POR MADRID

### Teatros y Cines.

En Acapulco, República mexicana, ocurrió un incendio en un teatro, pereciendo abrasados como 200 personas en su mayoría mujeres y niños que en el momento del terrible pánico no pudieron ganar la calle.

¿Han pensado ustedes en la posibilidad de un incendio en los de Madrid?

¿Saben ustedes que existe una Junta especial de Teatros que los reconoce y da su visto bueno antes de la apertura?

¿Y saben ustedes que después del reconocimiento de la Junta las Empresas aumentan una ó varias filas de localidades?

Cuando la Junta acude á un teatro hace una inspección minuciosa, ve las entradas y salidas, si las puertas abren hacia afuera, si hay telón metálico, bocas de agua, servicio de incendios, etc., etc.; pero desde que esa Junta lo ve, ni se abren más las puertas para caso de incendio, ni se hace funcionar el telón metálico, ni se comprueba á diario el buen funcionamiento de todos los aparatos.

En un siniestro de esta clase tiene más importancia lo que podríamos llamar educación del público que el siniestro mismo. ¿A quién se le ocurriría, en caso de incendio, que existen en el Teatro de Lara unas escaleras de hierro para bajar á la calle de San Roque? Desde que se hizo el teatro están las escaleras, pero como no funcionan, nadie tiene la costumbre de ir por allí, y en caso de incendio todo el mundo se agolparía á la salida conocida, y aun en el caso de que funcionen bien, nadie bajaría por ellas.

En el Teatro de Apolo hay una escalera para bajar á la salida de la calle del Barquillo; sólo de tarde es cuando la abren y nadie b ja por ella.

Los telones metálicos colocados en algunos, no han funcionado desde el día que se colocaron; seguramente en caso de incendio no funcionarían. De alguno podríamos decir que se trató de descolgarlo y tardaron tres días en hacerlo funcionar.

Así como creemos que todos estos aparatos debben estar corrientes, somos de opinión que estén ocultos á la vista del público y á la mano de los que han de utilizarlos. ¿Qué se adelanta con tener en algunos cines colgados en la embocadura unos chimborros que dicen ser aparatos extintores de incendios, si en caso de ocurrir haría falta una escalera para alcanzarlos? Su vista hace perder la tranquilidad á los espectadores timoratos y hace también que no la tengan los observadores que aprecian la imposibilidad de que funcionen.

En esto, como en todo, demostramos la falta de sentido práctico. Mucha Junta, muchas condiciones á cumplir, requisitos á llenar, bomberos y mangas, pero ningún ensayo diario del funcionamiento del sistema, llamando sistema al conjunto de aparatos, teatro y público como se encuentran en la función. ¿Qué más? Debe haber un alumnado supletorio y para un teatro que tiene



300 lamparas electricas de diez bujías, se consideran bastante seis u ocho velas repartidas en todo él.

Pocos ó ninguno tienen los espacios convenientes entre las filas de butacas y los asientos son estrechos, y en muchos de ellos no cabe una señora medianamente gruesa.

No parece el teatro en Madrid lugar de recreo, sino de tortura; no es una expansión del ánimo lo que allí se encuentra, es una lucha, una molestia. Aperturas, pisotones, codazos, etc., para entrar. Asientos incómodos para ver. En algunos cines parecen los espectadores de entrada general pájaros en una caña. Se prohíbe fumar y no se prohíbe hablar. Se convierte el teatro en tertulia de palco á palco, que molesta, y no se abren nunca las salidas rápidas, obligando á un rodeo que molesta también.

Y ya que de teatros hablamos y está sobre el tapete el asunto del Teatro Nacional y la subvención del Español, voy á emitir una idea, corriendo el riesgo de que me fusilen de primera intención, aunque después se acostumbren á ella y les guste.

¿No estaría bien el Teatro Nacional en la manzana de Medinaceli? Fachada á la plaza de Neptuno, Carrera de San Jerónimo y Duque de Medinaceli. Manzana aislada, desnivel bastante de una fachada á otra, sitio amplio, fácil comunicación, agua, luz, etcétera, etc.

Y con esto podría desaparecer la manzana entera del Teatro Real construyendo una avenida al Palacio Real, no por lo que de Real tiene, sino por lo que tiene de monumento Arquitectónico, el único y mejor de Madrid (1).

JUAN. PÉREZ

Después de escrito lo anterior, leemos que la Junta de Teatros, creada en 1885, trata de presentar la dimisión en pleno por tiquis miquis con la Comisaría general de Policía.

No vamos á discutir el hecho, ni si está mejor ó peor que presenten la dimisión, pero desde luego deben admitírsela, porque sus funciones durante veinticinco años de existencia se han limitado á cumplir lo que cualquier arquitecto podría haber hecho. Ninguna de las cosas que indicamos en este artículo las han puesto en práctica; por tanto, ó no han tenido atribuciones, ó no han querido ó no han podido hacerlo; sobra. Y ahora que el señor comisario de Policía ordena la visita diaria á los Teatros y Cines, y el que no tenga las condiciones fijadas tan acertadamente por aquella Junta, que le cierre.

Ya va siendo hora de que se prescindiera de papeles, trámites y burocráticos requisitos, atendiendo especialmente á la práctica de la vida; que entre conservar una Junta, por respetable que sea, y evitar abusos que mañana pueden ser desgracias, debe optarse por lo segundo. Ya lo hemos dicho repetidas veces; prevenir es de gobernantes; lamentar de ineptos.

## El clericalismo

Niegan algunos que exista el problema clerical en España. Todo eso es cosa de unos cuantos ultra-radicales venidos á menos, que formamos un bloque de intransigencia.

No hay problema clerical en España. Por eso conservamos aún á Filipinas, por el mucho amor que los habitantes del Archipiélago profesaban á los frailes; tanto, que prefirieron perder sus almas á separarse de la Metrópoli y de los hermanitos.

No hay problema clerical, y se nos han metido dentro de la nación todos los clérigos regulares que arrojaron las más avisadas y resueltas, como quien arroja el virus que le destruye las entrañas.

Esa es la prueba, añaden otros, «de que la mayoría en España no es anticlerical; pues sostiene tantos conventos, tantos frailes, tantas monjas...»

¡Donoso argumento! Lo mismo sería aducir que no existe problema militar, ó social, ó político, ó patriótico, en un territorio intervenido y ocupado militarmente.

Sin duda los españoles que pagamos y soportamos contra nuestra voluntad á los frailes, somos muy aficionados á que nos den con la badila en los nudillos. Y el presupuesto de culto y clero se hace á gusto de todos nosotros por medio de representantes genuinos que elige la voluntad nacional maravillosamente garantizada. Y las leyes represivas, salvaguardia del dogma, que caen sobre nuestras frentes y nuestras manos apenas la pluma se desliza, también toman su origen y fortaleza en el amplio criterio de legisladores designados libre y espontáneamente por la voluntad nacional.

(1) Conste en de-cargo de mi conciencia que esta idea es en colaboración con el amigo Ferrándiz. Me la sugirió su artículo de: pasado número.

Y el comercio y la industria, menoscabados en su radio de acción por sus competidores místico-trafficantes, también callan y se frotan las manos de gusto, viendo cómo al amparo de una tolerancia, ya no legal, sino ilegal é ilícita, las clases religiosas y privilegiadas las van dejando encueros.

Aquí, según los que han dado en la flor de negar la existencia del problema clerical y religioso, la palabra es absolutamente libre, libres todas las manifestaciones de la conciencia y del pensamiento. Si tenemos frailes y curas y religión oficial, bien claro se ve, es porque nos da la gana y porque todo eso nos gusta, pues nadie se queja ni interpone su poderío para desterrarlo. Y los que se quejan son cuatro ilusos sin importancia, descontentadizos, discólos y ultraradicales, gentecilla de por ahí, ú otros tantos histriones que ilusionan al público representando farsas.

¿Dónde están los clérigos mandarines que pudieran dar tono al clericalismo y carácter al problema clerical? ¿Es clérigo Maura, lo es siquiera Rodríguez San Pedro?

Los que nos gobiernan son laicos y nada más que laicos. Todas las instituciones, todas las corporaciones, todos los institutos, centros y organismos oficiales están regentados por personas laicas.

Detrás de esas personas no hay clérigos, ni clericalismo andante, ni influencia clerical de ninguna especie. Ellas son, en vez de testaferros ó editores responsables de la reacción siempre triunfadora y avara de mayores triunfos, figuras íntegras, de una sola pieza, que marchan automáticamente por el camino del progreso hacia las cumbres de la cultura europea, llevándonos á remolque por humanidad.

Y el carlismo con sus guerras civiles, siempre amenazante ó filtrado por muy diversas vías en la dorada cantera del gobierno público, tampoco implica problema clerical, porque D. Carlos nunca fué arzobispo ni aun cura de misa y olla.

En fin, que no hay problema clerical... para los que á la sombra del clericalismo viven. Mas para España sí lo hay.

B. P.

## PEOR QUE LA ENFERMEDAD

Cuenta Aurelien Scholl que en tiempos del imperio un hombre fué asaltado de noche en un sitio céntrico de París por tres ladrones.

Después de arrojado al suelo, le dieron dos puñaladas, robándole el reloj.

—¡Socorro! ¡Al asesino!—gritaba la víctima.

Pero no acudía ni un agente.

Después de un rato de pedir auxilio en vano, el herido tuvo una idea luminosa. Se puso á gritar:

—¡Viva la República!

Y á los tres minutos, diez ó doce agentes le rodeaban, llevándole á la prevención y luego á la Casa de Socorro.

Como hoy ocurre en Madrid exactamente lo mismo, recomiendo el procedimiento á todos los que necesiten para algo á la policía.

Sólo tiene un inconveniente: que los archivarían en la cárcel por unos cuantos meses ó unos cuantos años.

Y, por lo tanto, sería peor el remedio que la enfermedad.

Así, que continúen conformándose con no ver á la policía cuando sean agredidos ó robados. Entre dos males debe elegirse el menor.

Un predicador de Avila disparó desde el pulpito sobre política y elecciones municipales.

Estaría enfadado con el ama y la pegó con los oyentes. Que no hubieran ido. El que no quiera polvo, etc.

En la misma ciudad se sigue proceso contra un presbítero, por violación de una niña de nueve años.

Esto es más grave, y no se puede evitar como lo otro. Porque ¿quién detiene á un cura sarraceno cuando le ataca ese mal contagioso, cuya infección dura por lo menos nueve meses?

No sería yo quien se pusiera por medio echándolas de redentor.

## LO AJENO (1)

Dos jóvenes amigos, Catón y José María, pasean por una calle céntrica. De repente ven deslizarse un objeto hacia sus pies; es una cartera que ha caído de los bolsillos de un transeúnte en el momento de emparejar con ellos. José María, con ademán felino, se arroja sobre ella y la guarda tranquilamente en su bolsillo, mientras el transeúnte, sin

darse cuenta de nada, prosigue su camino, adelantándose á los dos amigos.

CATÓN.—¿Qué es eso?

JOSÉ MARÍA.—Una cartera.

CATÓN.—¿Y te la guardas?

JOSÉ MARÍA.—Sí; es mía.

CATÓN.—¿Cómo tuya?

JOSÉ MARÍA.—Mía.

CATÓN.—¡Pero si se le ha caído de los bolsillos á ese caballero que va delante!

JOSÉ MARÍA.—¿Y qué?

CATÓN.—¡Que es de ese caballero!

JOSÉ MARÍA.—Cuando estaba en los bolsillos de ese que llamas tú su dueño, no dudo que fuera suya; pero ahora, que está en los míos, es mía.

CATÓN.—¡Supongo que bromeas! Llamaremos á ese caballero y le devolverás su cartera.

Los dos amigos están á la puerta de un café. José María empuja á Catón hacia adentro, con gesto resignado y melancólico.

JOSÉ MARÍA.—No me desconsueles, querido; entra.

CATÓN.—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

JOSÉ MARÍA.—Que siendo mi amigo no tienes derecho á infligirme la pena de hacerme creer que eres un imbécil total... ¡Deja siquiera espacio en mi corazón á una esperanza!

Catón, aturrido y dominado, se deja conducir al interior del café. Ambos amigos toman asiento en un rincón apartado y solitario, y José María saca la cartera y examina su contenido.

JOSÉ MARÍA.—Papeles y cartas... No es delicado ni caballeroso sorprender los secretos ajenos: devolveré todo esto sin leerlo. Veamos el dinero. ¡Veinte duros! Poca cosa. Pero como del cielo no llueven pesetas, aunque se da el caso de que llueven tejas, justo es que demos gracias al cielo por estos veinte duros... ¡Mozo! Trae emparedados y champagne.

CATÓN.—Pero, amigo, ¡tú eres un caco consumado!

JOSÉ MARÍA.—¿Por qué no?

CATÓN.—¡José María!

JOSÉ MARÍA.—Sí; pero José María de mi tiempo: culto y hábil. Lo que no impide que yo ame lo ajeno con vehemencia, con pasión, con arrebatado. ¿Lo tomas á mal?

CATÓN.—¡Hombre! Con franqueza: ¡me parece indecente!

JOSÉ MARÍA.—¡Bah, qué necesidad! ¿Qué sería de nosotros si no existiera lo ajeno? Los hombres tenemos nuestro ideal en los bolsillos del prójimo... Porque sin lo ajeno—perdona la perogrullada—no existiría lo propio. Lo propio es una consecuencia de la existencia de lo ajeno, como existe la sombra por consecuencia de la luz, y viceversa. Y si no, dime: ¿se cree nadie dueño de las fuentes públicas, de las piedras de los caminos, de la nieve de las montañas, de las aguas del mar, del calor del Sol, de la luz de las estrellas ó del aire que respiramos? No; lo que todos poseemos no nos importa. Lo propio vive y se alimenta de lo ajeno, y el fin secreto de nuestros afanes está en nutrir los propios bolsillos con el lastre de los ajenos, aligerándolos de un peso molesto. ¿Que se proponen todos los hombres en las distintas profesiones—comerciantes, artistas, políticos, rateros, sacerdotes, periodistas, militares, foragidos, médicos, abogados, obreros, propietarios, etc.—qué se proponen en sus distintas profesiones? Entre otras cosas, primero y principalmente ganar dinero. Pero el dinero que todos nos proponemos ganar, ¿dónde está sino en los bolsillos del prójimo?... Tú, abogado, ¿qué te proponías al estudiar tu carrera? Ni más ni menos que obtener un título que te sirviera de ganzúa para penetrar impunemente en los bolsillos de tus clientes y desvalijarlos con toda comodidad. Pues esto sucede en todos los oficios, carreras y profesiones. Eso que llamamos pomposamente «lucha por la vida» no es ni más ni menos que la lucha por lo ajeno... ¡Mozo, más champagne!

CATÓN.—Está muy bien, amigo; todos luchamos por el dinero; pero tú eres un hombre sin moralidad y ofendes la honradez humana, confundiendo lastimosamente los medios de conquistarlo. Cuando el dinero se gana por medio del trabajo, es lícito y justo obtenerlo; pero no cuando se roba.

JOSÉ MARÍA sonreía burlonamente.

JOSÉ MARÍA.—¿Pero es que el que roba no trabaja? ¿Crees tú que hay otra profesión en que se necesite gastar más esfuerzo y más inteligencia que en la de robar ilegal é impunemente?

CATÓN.—¡Déjame de argucias! Ganar dinero lícitamente es honrado, justo y natural; ganarlo robando es un crimen.

JOSÉ MARÍA seguía sonriendo.

JOSÉ MARÍA.—¿Y qué entiendes tú por robo?

CATÓN.—¡Pardiez! Apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

JOSÉ MARÍA dió franca expansión á su regocijo.

JOSÉ MARÍA.—¿Pero tú crees, alma inocente, que hay alguien que suelte el dinero por su propia voluntad? Cuando pagamos al sastre, al casero, al recaudador, al boticario, al dentista, al tendero, ó cuando nos acosa un acreedor, ó cuando liquidamos un entierro, ó cuando nos parten por el eje con una multa ó un arbitrio nuevo, ó nos endosan las costas de un juicio, ¿crees tú que soltamos el dinero por nuestro gusto? ¡Del mismo modo que cuando nos exigen la bolsa ó la vida con un trabuco! Pagamos porque no hay más remedio, para defen-

der el pellejo y seguir viviendo, que si no...

CATÓN.—¡Demonio!

JOSÉ MARÍA.—Créeme, querido; el ídem humano es desvalijar los bolsillos del prójimo, apoderándose de lo ajeno con perfecta impunidad... para lo cual es preciso excluir únicamente los medios inhábiles y débilmente violentos, porque son estúpidos y contraproducentes...

CATÓN.—¿Qué teorías, amigo!

JOSÉ MARÍA.—¿Teorías?... Eres un imbécil, Catón... ¡Un imbécil inestimable para la conservación del orden social, querido; no te enfades! Porque sin corderos como tú, la broma sería un poco trágica... La vida no tiene más objeto que robarnos los unos á los otros lo que es de todos... Y lo legal es lo hábil y lo impuesto por la fuerza... De tal modo, que el delito sólo existe en la torpeza y en la pequeña violencia; porque cuando la violencia es grande, el robo se llama victoria, conquista, ¡gloria!... ¡Mozo, más champagne!

CATÓN.—¡Hombre! Me parece ya mucho champagne.

JOSÉ MARÍA.—¿Qué, no te gusta?

CATÓN.—Al contrario; es que le temo, porque me seduce demasiado...

JOSÉ MARÍA.—¿Y no te sabe amargo el vil champagne sabiendo que va á ser pagado con el producto nefando de los veinte duros miserablemente robados?...

Los dos endiabladitos jóvenes se miraron en silencio, alzaron las copas en alto y prorrumpieron en una larga carcajada unisona.

HAMLET-GÓMEZ

El Papa ha recibido en audiencia especial al obispo de Coria, patria chica del célebre bobo.

Tienen su intrínquilis el nombre y la representación: Coria y bobo deben sonar en el Vaticano como algo muy propio de España y del catolicismo español.

¡Hay aquí tanto «bobo de Coria»! Media España es Coria y escoria: la que sufre el yugo clerical.

## El ratón, el jesuita y el fraile

Aunque de diferentes familias, son de una misma raza.

El fraile y el jesuita, como el ratón para nutrirse, roen.

Gústale al ratón roer el jamón y el queso como al jesuita y al fraile roer las conciencias y las bolsas.

El ratón huye de la misera despensa y del almacén desahogado, como huyen el jesuita y el fraile de la vivienda del pobre y del hogar sin lumbre.

Busca el ratón la obscuridad, como el fraile y el jesuita tejen sus traidoras redes en la lobreguez de sus cuevas.

El fraile y el jesuita son españoles para vivir y explotar á los españoles, pero, en caso de peligro, tienen muchas salidas para salvarse, que son: cubrir sus edificios con la bandera de otras naciones; poner sus grandes industrias á nombre de sus protegidos, los cuales les obedecen como autómatas, con tanta fuerza en sus resortes como fuerte es el suerdo que disfrutan. Idéntico el ratón, también con sutil industria construye su cueva con innumerables saídas.

Para librarse del ratón, lo mejor es no comer en casa, ó tener un buen gato. Para ahuyentar al fraile y al jesuita hay que disponer de una buena estaca y ocultar la bolsa.

El ratón no carece de nobleza; roe la ropa, pero no la carne. El fraile y el jesuita son animales de mucho cuidado; roen la carne... y el hueso.

Domesticable es el ratón, pero al jesuita y al fraile no los doma ni el domador más experto.

Jamás se sacia el fraile, y el prototipo de la avaricia lo es el jesuita; mientras, puestos en parangón con el ratón, resalta la pulcritud y el comedimiento de éste al roer.

De los tres animales presentados, prefiero al ratón, porque es el más inofensivo, más moral, más humano, se satisface, y... no ronca.

UN EXMONAGUILLO

## PROGRESIÓN HISTÓRICA

En tiempo de Carlos V fijaron en Roma, en la estatua de Pasquino, una estampa que representaba á siete personas.

El Papa daba la mano al emperador, que estaba sostenido por un labrador con la inscripción: «Yo sustentó á los dos.»

Al lado del emperador estaba un comerciante con esta: «Yo robo á los tres.»

Al lado del Papa, un jurisconsulto con esta otra: «Yo engaño á los cuatro.»

Un poco más abajo se veía un doctor en medicina con esta: «Yo mato á los cinco.»

Y en lo más alto de todo estaba la figura de un eclesiástico con esta última: «Yo absuelvo á todos.»



## SECCIÓN AMENA

## Los calzoncillos de bayeta

He aquí la extraña aventura que destruyó las creencias de mi antiguo y excelente camarada Anselmo Vauverny.

Jamás hubo niño que creyera con más fervor que yo en los milagrosos esplendores del paraíso azul. Mucho antes de haber admirado los frescos de Asís y de Espoleto, en la edad en que nos hurgamos concienzudamente las narices, la imaginación me hacía ver coros de serafines volando entre nubes de gloria alrededor de los bienaventurados y del trono deslumbrador donde, coronada de su diadema de estrellas, sonreía la Virgen «eternamente pálida por haber llevado a Dios en sus entrañas».

Antes de conocer a Giotto y a Filippo Lippi ya había yo creado paraísos semejantes a los suyos, llenos de rumores de alas, de frescos aromas, de dulcísimas músicas, de aves fabulosas, de damas bellísimas, de flores raras, etc., etc. Y todo ello lo colocaba yo en una atmósfera de un azul evidentemente místico. ¡Y yo vivía allí!

Evidentemente había nacido santo como el bienaventurado José Cupertino, y mi pobre madre, que me veía ya canónigo de Tréguier—mi villa natal,—besaba mi frente con respetuosa ternura.

Seguramente era yo el muchacho más piadoso del Seminario de Tréguier, donde estudiaba de tal modo, que los profesores solían decir a mis condiscípulos: «en todas las cosas debéis imitar a Anselmo Vauverny».

Cuando llegaba la hora de ir al tribunal de la penitencia me arrodillaba humildemente a los pies del confesor y... siempre se apoderaba de mí una cruel incertidumbre. Porque casi siempre, después de un metódico examen de conciencia, no descubría en mí ni falta, ni pecado, ni el más leve motivo para golpearme el pecho murmurando las palabras de contrición. La confesión, dogma esencial, sirve para limpiar las almas, y la mía brillaba siempre con desesperante perfección.

¡Cuántas veces, para obtener la santa y purificadora absolución de faltas que no había cometido, inflé livianos pecadillos hasta dadas las proporciones de veniales!

Pero llegó un día en que me quedé de veras. ¡Y lo peor era que el día anterior había salido como un armiño del confesionario y que se acercaba la hora de ir con mis condiscípulos a recibir la comunión de manos de mi confesor el P. Boisjoli, a quien yo adoraba y veneraba casi tanto como a Dios! ¡Cuán divino prestigio el del excelente padre, con su luminosa corona de bucles de oro, sus ojos azules y compasivos, sus blancas y secas manos, sus gestos solemnes y activos, su voz acariciadora, su dulce sonrisa, en la que se adivinaba toda la bondad de su alma!

Su pálida delgadez contribuía a precisar en él la imagen de Cristo agonizante, y todos sabíamos, que como los santos de su de-

voción San Antonio y San Jerónimo, el padre Boisjoli estaba en aquel estado por el espíritu de mortificación con que trataba su envoltura carnal.

El caso es que yo era presa del demonio, presa largo tiempo codiciada. Sentía sus uñas penetrando en mis carnes, y sufría y sollozaba y lloraba. Jamás tuve en mi vida hora más dolorosa.

Habían desaparecido las visiones del paraíso, y en su lugar veía llamas y rescoldos, y dentro horribles demonios con cuernos tamaños que lanzaban gritos desgarradores. ¡En aquel lugar estaría yo bien pronto! ¡Ya sentía una ola de calor! ¡Ya me quemaba! ¡Ya ardía!...

Y mientras que mis compañeros, formados de dos en dos por los sombríos claustros marchaban a la capilla a recibir la comunión, me precipité enloquecido en la celda de mi confesor, el santo P. Boisjoli.

Penetré como un vendaval, cual si el diablo me pisara los talones, y, anonadado, sin fuerzas, caí a los pies del sacerdote murmurando con voz apagada: «Padre mío, perdónadme, que he pecado mucho.»

A mi voz suplicante respondió algo así como un gruñido:

«¡Está usted loco para entrar aquí de este modo! ¡Vivo, vivo, fuera de aquí!»

Humildemente, como perro leal a quien se castiga, levanté los ojos...

El P. Boisjoli, ordinariamente tan bello, tan dulce, tan divinamente untuoso, estaba en pie delante de mí, pálido, encerradas las piernas en unos calzoncillos de bayeta amarilla; su mano movía nerviosa un vaso de indiscutible utilidad; un sucio gorro de algodón cubría su cabellera de oro.

No esperé más. De cuatro en cuatro bajé la escalera que daba a la capilla, y tomé puesto entre mis condiscípulos.

—Y este día memorable—dijo Anselmo suspirando—puso remate a mi infantil misticismo.

... y hoy, cuando contemplo el azul de los cielos, que antes poblaba de radiantes y angélicas visiones, veo perfilarse en él la grotesca silueta del P. Boisjoli, encarnación de majestad divina, en calzoncillos de bayeta amarilla y empuñando el... vaso de noche.

ARMANDO DAGOT

## AYUNO MORAL

—A pesar de ser hermosa, ¡cuán triste es la primavera vista desde un monasterio y a través de fuerte rejía!— Así dijo una reclusa mirando desde su celda cómo se reverdecían las antiguas arboledas. Erase el Abril florido, en que por igual fermentar,

en los árboles la savia, la roja sangre en las venas; época en que, previsora nuestra Santa Madre Iglesia, manda observar rigurosos ayunos y penitencias.

—¡Ayunos!—clamó la monja viendo una amante pareja que gozosa se internaba entre la espesura fresca.— *Ayunos morales*, éstos que nos impone la regla, y que son ¡ay! más penosos que las más rígidas dietas.

## Un cura sencillo

Allá por el año 1800, el cura de un pueblecito é la montaña é Huesca pedricaba ende el pulpito y ponía como chupa é dómine á tos los del lugar.

¡Pobrecito mosén Tiodoro! No le faltaba razón pa ello. Así como así denguno se cuidaba de dale á su tiempo y como Dios mandaba parte que le correspondía de su cosecha, ú sean los diezmos y primicias. Y decía el buen señor, pedricando y tropezando:

«Vosotros, tos los de este lugar, sois unos malos cristianos, y cuasi, cuasi judíos y herejes; y además, por descuidaros tanto de mí, la Virgen sus castiga y os güelve tontos, y locos y borrachos, hiciendo que seáis los más viciosos de todo Aragón. ¿Ande sa visto cumplir tan mal con un cura como el que tenís?»

«No, pus habís de procurar no perderlo, que como yo habré pocos. Habíais de ver á otros curicas de otros lugares, que no me llegan á mí á las hebillas de los zapatos. Mientras me como un cho y una miaja é queso, soy capaz de arreglarme un sermón de aquellos que sus hacen llorar como Madalenas, que lágrimas no sus faltan cuando os echo sermones tristes; lágrimas me daréis vosotros, que lo que es cuadermas...»

«Pus como os iba charrando y que todo sea en el nombre del Señor, mi casera pué iciros como tan y mientras que ella se apañaba la falda de merino, porque el cochimandrero del tío Tuerto le dió un pisazo ayer al salir de casa é la Torcuata, que ha parido un crío como un carnero, que cuasi le paice á su padre; pues mientras ella cosió yo me pensé este sermón, que güenos gritos dí, como pué icilo la tía Sargantana, que vino á pedinos la lavativa, y aun me sobró tiempo pa escribir dos letricas al tío Babieca pidiéndole un napoleón que le empresté antes de San Blas y que ice que no me golverá hasta Carnestolendas. Ya vis si es mal pagador... Como el tío Bellota, que ahí le tenís presente; le dejé medio caiz de trigo y no sé cuándo piensa devolvémelo.

«Todo sea por Dios y en su santo nombre.

«Conque, hermanos míos, si no querís ir al infierno derechicos, Nuestro Señor no lo premita, habís de ver de no descuidaros de mí, que, aunque cura, soy de carne como vosotros, y tengo mis necesidades y mi genio como vosotros, y pué suceder que también llegue á incomodame como lo hacís vosotros, y acabe mal la cosa.

«Y todo sea en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Amén.»

L. F.

Un clérigo muy feo, y tonto por añadidura, que iba á emprender un largo viaje, dijo á su ama al despedirse:

—Cuidado, Damiana; ojo con ofenderme con alguna infidelidad durante mi ausencia.

—Vaya usted tranquilo—contestó ella.— Esa tentación no me da más que cuando lo veo á usted.

A un párroco, gran bebedor, convidáronle al festín de una boda que acababa de celebrarse.

No sacaban un solo plato sin que se atizase su correspondiente trago, diciendo:

—Esto se debe pasar con vino.

A los postres, y después del café, continuó haciendo lo mismo, siempre con la misma cantinela.

Asombrado uno de los comensales, le preguntó:

—¿Se puede saber con qué cosa no bebe usted vino?

—Con el agua—contestó.—Sólo en la misa tolero beberlo con un par de gotas; pero ¡ay del monago que se descuida y echa tres!

—Mire usted—decía un presbítero excahecilla á un estudiante compupilo suyo,— en Somorrostro maté en un solo día cincuenta liberales.

—Pues yo—replicó el estudiante—en Suiza me descolgué por una chimenea desde un quinto piso al cuarto, para hablar con mi novia.

—Eso es imposible; allí no hay chimeneas.

—Seamos tolerantes, señor cura; ¡le voy yo á dejar á usted matar así como así cincuenta hombres sin que usted me permita bajar por una chimenea?

Nicolás, obispo de Palermo, leyó un libro en que se ensalzaba la pobreza, y exclamó:

—Señor, libradme de ella; yo no quiero los bienes de la tierra.

Un predicador, muy romo de entendimiento, compró un sermón á un literato y lo declamó en el pulpito con gran éxito.

Pocos días después oyó en otra iglesia que otro predicador soltaba la misma arenga.

—Usted me ha engañado—dijo lleno de ira al autor de la plática.—Yo quería un sermón original y me dió usted uno copiado.

—No hay tal cosa, padre—le respondió el literato.—El que le he vendido á usted es el original; la copia es la que he vendido al otro.

(FOLLETÓN 20.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR  
OFFENBACH

ciones eran más activas y señaladas que en ninguna otra parte en las proximidades de Bayamo, de modo que el nombre de esta antigua ciudad cubana era muy repetido en aquellas noticias, tanto, que uno de los oyentes, andaluz, llegó á interrumpir al lector exclamando: «¡ahí todo es que *vayamo* y que *vayamo*, y nada se dice de *volvamo*!», lo cual tuvo tal aceptación, que ya no hubo más lectura. Pues parecía que los soldados iban contentos, porque todos eran jóvenes, todos estaban en la edad de la alegría, pero como realmente iban, era de muy mala gana, iban por la fuerza, iban pensando principalmente, y muchos exclusivamente, en la ansiada vuelta, en el tan suspirado regreso que por desdicha sólo á una pequeña parte fuéle dado realizar, y contadísimos de entre ellos lo realizaron tan sanos y tan fuertes como habían ido.

Ahora embarcaremos para Cuba al general Weyler, que fué el que sucedió al señor Martínez Campos, le haremos llegar con toda felicidad á la Habana, le veremos dar, por primera providencia, á los rebeldes un plazo nada menos que de veinte días para que se presentasen, y, dejando que este plazo comience á transcurrir (y al cabo de catorce años si que transcurriendo), guardaremos lo que

sobre su gobierno y mando hemos de decir para otro capítulo, porque en el presente vamos á dar cuenta de algo curioso á que ya en el anterior hemos hecho alusión con referencia á la total pérdida del buque de guerra que había conducido á Tánger á la embajada marroquí.

Fué el caso, pues, que ignorándose cómo y dónde se había perdido el crucero *Reina Regente*, nombróse una comisión que lo averiguase, si podía, y de todos modos que demostrase que el buque no había perecido por las malas condiciones marinerías que en vida y en muerte casi todo el mundo le atribuía, pero cuya existencia real era tanto menos aceptable cuanto que el ministro que lo había hecho construir (en el extranjero) era casualmente el mismo que ahora nombraba la comisión. Claro es que esto no se mandaba, ni aun se hablaba de ello; pero más claro es todavía que habría sido una cosa nunca vista en ninguna parte, y menos en España, que una comisión así nombrada fuese á decirle al mismo ministro que había puesto en ella su confianza y en cierto modo su prestigio: «el culpable de la pérdida es usted». Lo cual no quiere decir que los comisionados, ni tampoco el ministro, violentasen su conciencia, sino que éste ya procuraría elegir á aquellos técnicos que fuesen de su misma opinión: la de que el buque no adolecía de defecto de estabilidad ni de ningún otro que hubiese sido causa inevitable del siniestro.

Dos eran los comisionados y los dos muy inteligentes; pero hasta qué punto se ingenia uno mismo para darse, y dar á los demás, razones de una cosa de que

se halla convencido y que cree demostrada, así diste muchísimo de estarlo, va el lector á verlo palpablemente en este asunto.

La opinión general era, como hemos indicado, que el buque había hecho lo que los marinos llaman «dar la voltereta», lo mismo que en 1870 le había ocurrido al acorazado inglés *Captain*. Y el no haberse hallado flotando ningún cadáver, ni tampoco más que unos cuantos objetos insignificantes que positivamente ya estaban más ó menos alejados de los sitios donde podía suponerse que hubiese ocurrido la catástrofe, se tenía y tomaba como señal de que así había perecido.

Pues bien, prescindiendo de algún otro razonamiento peregrino que sinceramente hacían en su informe los comisionados para abonar su opinión de que el infortunado crucero se había ido dignamente á pique sin ponerse la quilla por montera, la completa ausencia de naufragos, vivos ó muertos, fué por ellos facilísimamente explicada. ¿Cómo? Diciendo sin duda, con la mejor buena fe y desde luego con la mayor naturalidad, que al sumergirse inesperadamente «la acción propia en cuantos estuviesen sobre cubierta sería la de agarrarse ó asirse fuertemente al objeto más firme y próximo insistiendo en esta actitud hasta que la congestión produce la muerte».

Hé aquí, pues, lector amigo, un naufrago, es decir, un centenar de naufragos (que son los menos que podemos suponer en cubierta), que sueltan lo que flota, la consabida tabla de salvación, y se agarran y aferran á lo que se hunde. Esta clase de naufragos es, como el lec-

tor observará, una novedad maravillosa. El naufrago de antiguo conocido, el naufrago clásico tenía instinto de conservación; pero éste lo tiene de perdición. ¡Y qué decimos instinto! Eso que nos cuentan los autores del informe de referencia habría sido el más incomprensible y al parecer el más irrealizable de los suicidios, habría sido además un suicidio en masa, un suicidio colectivo, de los que la historia registra algunos casos tanto en mar como en tierra, pero hasta ahora siempre había tenido lugar con algún fin asegurado, siquiera el de la fama. Tan á la callada jamás había habido ninguno.

Ahora bien, una vez que, ya por suicidio consciente, ya por inconsciente instinto, se fueron á pique todos los tripulantes del *Reina Regente* que había en cubierta, fuertemente agarrados, cuando vivos, á lo que podemos llamar ahora «la tabla de perdición», ¿cómo no se soltó tampoco ninguno cuando muertos? Esto no lo explican los autores del informe, y era tanto más necesario que lo hubiesen explicado cuanto que, habiendo dicho que «la acción propia» de agarrarse á lo más firme, subsiste «hasta que la congestión produce la muerte», nos dejan sin saber si no pasa de ahí ó sigue después hasta la completa descomposición de los cadáveres. Y la verdad es, que puede uno imaginarse cien hombres vivos que, ó por terror ó por heroísmo se dejan ir al fondo del mar á perecer; pero cien cadáveres agarrados firmemente al buque con que se han ido á pique y permaneciendo así de modo que no llegue á soltarse ni uno sólo, para lo cual hace falta que sean las manos lo último que se conserve, no solamente in-



# ECOS DE LAS PRISIONES

Señor director de Penales:  
 ¿Sabe usted si el 27 de Octubre de 1907 fueron vendidas en el Penal de Ceuta 73 mantas nuevas y 48 medianas al precio de 4,50 unas con otras?  
 ¿Es cierto que los sacos de harina que entran en el Penal sólo tienen 20 centímetros de harina buena, por arriba, por si alguien intentara examinarlos, y que el resto es de la calidad más inferior?  
 ¿Ha llegado á su noticia que el tocino es tan malo que no pueden comerlo los reclusos?  
 ¿Se resolvió el expediente formado en Ceuta contra el neurótico é inepto Sr. Pérez, director actual del Penal de Ceuta, por actos que dejaban mal parada su moralidad?  
 ¿Tiene usted referencias de si el administrador de aquel Penal africano se excede en la bebida y mantiene constantes relaciones financieras con los presos?  
 ¿Cree usted que si se enviara á Ceuta una inspección *verdad*, que verificase en la administración un *arqueo verdad*, podría ese señor seguir desempeñando su cargo?  
 Y no le pregunto más por hoy; mas si quiero que saboree unos parralitos de una carta que de allí he recibido, para que pueda usted justificar ante su conciencia (si es que los jesuitas la tienen), la destitución de Salillas. Dicen así:

Blancas á pan y agua, sin causa justificada; vejaciones, atropellos é infamias nunca vistas, son las prácticas inquisitoriales que desde hace año y medio se siguen aquí. Cuanto ahora se había publicado referente á injusticias, estafas, mal rancho, etc., resulta pálido ante la realidad.  
 Torquemada y Pedro Arbués mandando esta colonia penal, resultarían dos gobernantes humanitarios y dos caballeros modelos, comparados con quienes la gobiernan.

Salillas hacía todo lo contrario de lo que ahí se dice. Nada más justo, pues, que haber destituido á Salillas. Podía haber contagiado á los honorables inquisidores del Cuerpo de Penales.

Señores individuos de la Junta de la Cárcel Modelo de Madrid, director, administrador y empleados altos y bajos:

En mi afán de ayudarles á ustedes para que esa cárcel alcance la mayor perfección dentro del régimen que echó por tierra el funesto Salillas al encargarse de su mando, someto á su superior criterio las siguientes reformas que deben implantarse inmediatamente, si es que ya no lo estuvieren, pudiendo asegurarles que serán muy bien acogidas y alabadas en la dirección general del Cuerpo.

Dar el rancho escaso, igual todos los días, con garbanzos duros, judías pederalecas, patatas podridas, poco tocino y mucho pimientón. El pan debe ser negro, amazacotado, crudo, con ciento y pico de gramos menos.

Para evitar que la codicia trate de alterar alimentación tan sana, debe entrar cada dos ó tres meses en la cárcel un vocal de la Junta, previamente resuelto á salir convencido de que todo se sirve concienzudamente en la forma indicada.

Los rancheros, barberos, ordenanzas, llaveros, etc., deben ser elegidos entre los que reúnan condiciones más sobresalientes para explotar el preso, prefiriendo, como es justo, á los que ofrezcan cantidad mayor á la persona que se interese por ellos.

No debe autorizarse oficialmente á los empleados para recibir puros, ni dinero, ni relojes, ni efecto alguno de los presos, y menos para entrarles vino ni aguardiente; pero conviene hacer algún tanto la vista gorda, á fin de mantener entre unos y otros la fraternal armonía en que se basa la disciplina.

En el número próximo indicaré otras reformas encaminadas á lo mismo: á colocar la Cárcel de Madrid á la altura que alcanzó en tiempos mejores.

Porque sería un gran contrasentido seguir practicando todo lo que Salillas implantó. ¿Qué justificación tendría entonces el haberlo combatido constantemente, si no se volcase de arriba abajo su obra?

## DESDE LA CÁRCEL

### Los presos de Alosaina

#### Horrible y triste calvario.

Señor director de EL MOTIN.  
 Muy señor nuestro: Parece que nuestros clamores se pierden en el espacio, ó no llegan á la justicia de la tierra. Ante tan penosa decepción, hoy vamos á encaminar nues-

tras quejas á la Justicia del cielo, por si en aquel Tribunal, superior á todos, podemos conseguir que se nos oiga.

Más de seis años llevamos sufriendo las penalidades de una prisión que sólo debió reservarse para el cura de Alosaina, que es el autor directo de aquel crimen que se concertó por iniciativa suya en esa misma covacha, en esas mismas habitaciones donde ahora se ha consumado el atropello más escandaloso del orden electoral.

Aquella taberna es el punto de cita donde se conciertan las cosas más edificantes y los actos más cobardes. No parece sino que aquello es el refugio del crimen y la guarida donde se agrupan los seres de corazones y almas empedernidas. También Juan Palomo, célebre capitán de bandoleros, tenía otra taberna con habitaciones reservadas donde se reunía con su partida para concertar en silencio aquellos crímenes y robos que todos conocemos.

Cuanto se diga del cura de Alosaina sería poco en relación con lo mucho que se puede escribir de su vivir airado.

Desde muy temprano dió á conocer la perversidad de sus instintos. Todos harán memoria, por ser esto un hecho de recuerdo impercedero, que ese cura mató de un tiro de escopeta á una preciosa niña, que era el encanto de sus padres. Más tarde, y por si esto no era bastante, concertó, como nadie ignora, la sentencia de muerte del popular é ilustrado exalcalde D. Juan de Rueda Trujillo. Pero la casualidad, más noble y más benigna que el cura, parece que se opuso al fallo del hombre perverso, y la fatalidad entonces hizo víctima á una pobre é indefensa mujer.

Ilustrísimo señor obispo: ¿es posible tolerar en pleno siglo XX que vista el traje tal el que, más bien que ministro de Cristo, es la representación genuina de Satanás en la tierra? ¿Qué hacéis que no le despojáis ya del hábito sacerdotal y lo arrojaís á las zahurdas de Plutón para que allí expie sus pecados? ¿No véis, amantísimo Padre, que el conservar á esa fiera en la representación de la Iglesia podría ser un motivo de relajación en todos aquellos que tenemos convicciones religiosas? Tome, pues, las medidas compatibles con su alto ministerio y adopte contra ese sacerdote las medidas que en justicia correspondan.

Interprete su excelencia fielmente nuestros sentimientos, y fíjese por un instante en las lágrimas que vierten las tristes y desconsoladas familias de seis vecinos honrados, que no han hecho otra cosa que venir inocentemente á la cárcel, por la necesidad imperiosa de que había que cubrir al cura, y esto no podía ser de otro modo que reclusión á nosotros en prisión.

Del cielo invocamos apoyo; también lo pedimos de los rectos é imparciales señores presidente y fiscal de esta Audiencia para que determinen algo que alivie nuestra penosa situación y ordenen se reduzca á prisión al cura de Alosaina, D. Antonio Trujillo Portales, sobre quien pesan cargos verdaderamente irrefutables y en quien todos ven al autor del crimen que motiva nuestra causa: El pueblo, la opinión, las conciencias y hasta los chiquillos de la escuela pregonan su delito. ¿A qué se espera, entonces?

Justicia, justicia y justicia, es lo que invocamos. No queremos otra cosa.

Y dando fin á nuestro comunicado, rogamos á usted la inserción del mismo en las columnas de su ilustrado periódico, dándole por ello un millón de gracias sus afectísimos s. s. q. b. s. m.,—Diego Gómez Rueda, Ambrosio García Gómez, José Gómez Dueñas, Antonio González Domínguez.

Cárcel de Málaga, 13 de Mayo de 1909.

No defenderé, porque carezco de datos, á los presos que hablan de ese modo; pero sí recomiendo que se lean los siguientes párrafos de un artículo que acaba de publicar *El Popular*, de Málaga, hablando del pueblo de Alosaina y del cura á quien esos desventurados atribuyen el crimen por el cual se les persigue.

Dice *El Popular*:

«En este pueblo hay un cura párroco, Antonio Trujillo Portales, que ejerce de caci-que, árbitro de los destinos de aquel vecindario.

Los demás cargos de autoridad y de influencia los desempeñan: alcalde primero, cuñado del cura; primer teniente de alcalde, tío del cura; tercer teniente de alcalde, hermano del cura; secretario del Ayuntamiento, cuñado de una señora cuyos bienes administra el cura; depositario de fondos municipales, sacristán del pueblo, uña y carne del cura; recaudador de arbitrios, concuñado del cura; oficial primero del Ayuntamiento, tío del cura; oficial segundo, hermano del sacristán; maestro de instrucción pública, asesor del cura; médico titular, protegido del cura; juez suplente, hermano del cura; fiscal municipal, concuñado del cura; alguaciles del juzgado, sirvientes del cura.

Después de esto, y sabiendo cómo se rigen los pueblos, y cómo se hace en ellos la política, dígame si es fácil que le alcance ni siquiera la extremaunción en Alosaina á cualquier ciudadano que no sea amigo del

cura y partidario de la familia del cura. ¿Es un horror pensar lo que allí se hará en cuanto á administración de justicia, en el reparto del cupo de consumos y en todo cuanto se refiera á las necesidades de la vida local, con aquellos vecinos, no ya enemigos, sino tan sólo retraídos ó apartados de ese bando de feudalismo rural que forman la familia y los deudos y allegados del cura de Alosaina!

¿Es posible, de ese modo, la existencia en los pueblos? ¿Qué derecho, qué libertad pueden estar garantidos, cuando en un pueblo domina así una familia, y ésta hállase, además, amparada, protegida y defendida por un caci-que, más ó menos significado, con mayor ó menor influencia en la capital y en la Diputación provincial?

Pues el caso de Alosaina, sobre poco más ó menos, se da en la mayoría de los pueblos de esta provincia, porque si en otros no existen familias como la de ese cura, las banderías políticas del caci-queismo respectivo constituyen otras tantas familias con idéntica finalidad de oprimir y dominar al vecindario.

Mientras exista eso, mientras en los pueblos no se haga una radical y definitiva limpieza de caci-ques, será en vano que los gobiernos dicten leyes de tendencias moralizadoras y progresivas para que los ciudadanos puedan ejercitar libremente sus derechos, porque estas leyes, al caer en manos de ese bandolerismo caci-queil de las comarcas rurales, serán atropelladas y conculcadas del modo más escandaloso y brutal.

Hemos dicho y repetimos, que la base principal de la regeneración de España está en asestar con mano firme el golpe de muerte á ese caci-queismo que envilece á los pueblos.

Después de leer eso, no creo que haya ninguna persona imparcial y honrada que no exclame:

«El cura retratado de ese modo reúne todas las de la ley para que se crea posible todo lo que los presos le atribuyen.»

Y creo que debería nombrarse un juez especial, ajeno á todas las familias de aquel caci-queismo desenfrenado, para seguir el proceso pendiente. De lo contrario, es de temer que la justicia salga mal parada, sepultando á unos cuantos inocentes en presidio.

## La Dirección General de Prisiones

El sentido común y el sentido moral han sufrido otro rudo golpe. Pero hoy la víctima ha sido un modesto empleado. El señor Rendueles, no satisfecho con la destitución imperdonable del ilustre Salillas, comete otra de las suyas, y no comete más, porque el gran criminalista y sabio antropólogo, Sr. Salillas, no tenía en la prisión celular á otra persona adicta más que á D. Manuel Alonso Ledesma. Este señor, ayer recibió las órdenes de su traslado para la preventiva de Granada. Lo esperábamos. Está bien. Pero el Sr. Rendueles no se habrá parado á pensar que el Sr. Alonso no cobra 75 pesetas diarias de dietas, después de su sueldo, por girar visitas de inspección á los Penales, visitas que, á veces, autorizan ó no echan de ver la muerte de un pobre loco amarrado en blanca; el que directores de prisiones aflictivas digieran, cual buitres hambrientos, siete vagones de cemento, destinados para las obras del penal; el que se mate de hambre á los presos, por dejar que contratistas y otros similares chupen la poca sangre de los pobres penados. Sin duda porque el Sr. Alonso no ha hecho ninguna de estas cosas se le traslada á lo último de la Península.

Pero si no ha hecho ninguna de estas cosas ni otras parecidas, no ha sido traidor ni infiel, y por no serlo se le traslada y se le veja. Hubiera traicionado y vendido al señor Salillas, y se le premiaría con un ascenso. ¡Contrastes dolorosos, pero reales y efectivos! Los que el 18 de Febrero embriagaron á los penados de la quinta galería de la Prisión Celular para que consumaran el asesinato, que se frustró, en la dignísima persona del Sr. Salillas, hay que conservarlos en sus puestos, por si andando el tiempo hay que repetir la suerte. Estos son dignos sicarios y no hay que meterse para nada con ellos.

Los acusados también de proporcionar serruchos y escoplos á los presos para que se fugaran y labraran el descrédito de persona tan ilustre como el Sr. Salillas, son intangibles, porque servían de instrumentos ciegos á las ambiciones y deseos de los que representan la explotación y el vergajo.

Los acusados de mataderos de bebidas alcohólicas, para que los presos se embriagarán y se arremetieran unos á otros con armas y se mataran, son necesarios, porque cumplían como buenos y hay que premiar su constancia y buena voluntad.

Todas estas acusaciones y delitos son una farsa, comparados con el cometido por el Sr. Alonso, que en medio de este desbarajuste y este amparo que todos los enemigos del Sr. Salillas gozaban, se conservó fiel á su persona desarmando á presos que otros empleados habían armado, é impidiendo fugas que otros habían preparado. Pues á aquellos se les conserva en sus puestos para baldón é ignominia de una nación culta y

al Sr. Alonso se le traslada. Por eso España es el país de viceversas. El sentido común y el sentido moral han sufrido otro rudo golpe. Y tan es verdad que el sentido común y el sentido moral se han extraviado, que el Sr. Junquera, el director en comisión actualmente, ya lo va conociendo. Justa recolección del fruto que se ha sembrado.

A *El País*, de quien es ese artículo, le ha faltado añadir, que hasta en la elección del punto donde el Sr. Alonso debe prestar sus servicios, se ve la saña y el rencor de la dirección de Penales.

Granada es de los puntos donde se paga á los empleados con unos cuantos meses de retraso. Con esto los Rendueles altos y bajos de la Dirección saborearán con más deleite la venganza.

## ¡MORIR HABEMOS!

El domingo último le fué administrada la comunión á los presos de la Cárcel Modelo de Madrid, concurriendo al acto varios individuos con cargo oficial, desde el director general Sr. Rendueles, hasta el obispo de la diócesis.

La Junta, que tiene á los presos sin ropa, y que consintió sin sonrojarse hace tres inviernos que la caridad los proveyera de mantas, camisas y otras prendas, alquiló una banda, y ¡chehe usted musical! Como el año pasado no la hubo, es de suponer que éste la han llevado para deleitarse oyendo tocar la *Marcha de Salillas*.

Confesados, comulgados, sermonizados y musiquizados, ya pueden los presos esperar tranquilos su última hora, que no tardará en llegar si se reanudan pronto los ayunos que *practicaban* diariamente cuando Millán Astray dirigía la cárcel; y entonces será la ocasión de juzgar si los señores que con tanta pompa acudieron á visitarlos el domingo, iban con el propósito de recordarles que todos somos mortales en este misero valle de lágrimas, hasta los presos que no comen, y en caso de urgencia ayudarles á bien morir.

Hasta que esto se ponga en claro, no estará demás que adopten cada vez que se vean el macabro saludo de: ¡Morir habemos!—¡Ya lo sabemos! Nunca estorba la resignación cristiana á los que no están en condiciones de defenderse de las caricias de los hombres de honor que empuñan un vergajo y pueden impunemente cimbrarlo sobre las costillas de otro hombre, con mucho coraje y mucha valentía.

## A confesión de parte...

Leo en la *Revista de las Prisiones*:

«Las censuras lanzadas contra este organismo, han tenido más virtud y más eficacia que cuantos elogios se le pudieran haber dirigido. Llamamos á meditar á los que le combaten, sobre lo que en la actualidad está ocurriendo.

Lo que más inquietud é indignación ha producido siempre ha sido lo concerniente á la alimentación del recluso, culpando á los empleados de sus deficiencias. Todo plante se atribuía siempre á abusos de los empleados y sólo á ellos, sin tener en cuenta que para cometer tales abusos el factor principal es el contratista. No es del caso entrar en un análisis minucioso de esta cuestión; pero lo que resulta evidente, es que los empleados siguen en la modesta, y muchos en la precaria situación en que se hallaban hace años, y en cambio, muchos contratistas han hecho fortuna que no tenían.»

Me doy por aludido, por ser uno de los que combaten las deficiencias del Cuerpo de Prisiones, sobre las cuales nada dicen sus periódicos, y digo:

Los contratistas no pueden robar sin que los amparen los empleados; y los empleados serían tontos, además de faltar á su deber, sino fuesen á la parte en el robo.

Nadie ha dicho que todos los empleados robasen, sino algunos directores y muchos administradores, es decir, los que tienen facultades para entenderse directamente con los contratistas. Los demás empleados no podrían robar aunque quisieran, entre otras razones, porque no se lo permitirían aquellos. El *negocio* no da para todos.

Quedamos, pues, en que muchos de los contratistas, según afirma el órgano más autorizado del Cuerpo de Penales, son unos ladrones, porque han hecho una fortuna que no tenían, hallándose hace años en situación precaria.

Y que los directores y administradores que se lo han consentido, por cuanto vos *contribuisteis*, ó por negligencia, no pueden pasar por honrados, ni por fieles guardadores del honor del Cuerpo.

O no hay lógica en el mundo.